

LUIS TAMARGO

**ERA UN BOSQUE**

SANTANDER  
2004

© Luis Tamargo Alonso

[luistamargo@saludalia.com](mailto:luistamargo@saludalia.com)

*Santander, Octubre de 2004.*

Depósito legal: SA. 1.483-2004.

*A mis padres*



# Índice

## Prólogo

### I PARTE

#### ERA UN BOSQUE

Era un bosque  
Paisaje con rostro  
Los Acantilados  
Una amiga fiel  
La caravana  
A la deriva  
Final de costa  
Un árbol llamado...  
El Duende Particular  
Pobre Meri  
Una cama especial  
Puro miedo  
El lazo en la caña  
El cuadro

### II PARTE

#### DESDE EL JARDÍN

La chica de la playa  
Una de dos  
La Maga  
En el desván  
Isla del Deseo  
No tan inocente  
Merece la pena  
Si alguna vez regresas  
Donde nacen las olas  
Flor de Isla  
La Casa Rosa  
La octava planta  
El jardín enamorado



## PRÓLOGO

Luis Tamargo Alonso viene desde la poesía al relato, que es un camino donde se cruzan a menudo ambos géneros. El poema y el cuento viven del ritmo y de la musicalidad. El aliento poético está presente en este libro, como si la savia de los árboles que aparecen con tanta frecuencia en sus Relatos, viniera de atrás, de su primera publicación, “Escritos Para Vivir”. Los árboles de Luis Tamargo forman también su bosque particular: *“Era un bosque, diríase que unido, si uno se iba acercando”*. Árboles con nombre propio, que incluso pueden llamarse Pablo... Hayas, tilos, sauces, eucaliptos, abedules, fresnos, rumorean aquí a sus anchas. La lluvia, los árboles, el viento, la nieve y los ríos dejan al paisaje en un lugar, no sólo descriptivo, sino de auténtico protagonismo.

La voz narradora llega más lejos y, en un logro de captación muy sugerente, sacrifica la cama donde nació, la cama de nogal de sus padres, y acaba dejándola en medio del bosque, cuando las necesidades de espacio de su familia le fuerzan a deshacerse de ella. Había que dejar espacio libre en el dormitorio, porque los mellizos estaban a punto de nacer... El hombre no la olvida y acude a visitarla con frecuencia: *“En la frondosidad del bosque, la cama de mis padres descansa plácida y señorial, custodiada por ejércitos de acebos que velan su sueño, tan sólo interrumpido de vez en cuando por el canto apagado de un búho distraído”*.

En “La casa rosa” el color obsesivo llena y desborda hasta el último rincón de aquel lugar: *“También las alfombras quedaron rosas, los interruptores, la gigantesca lámpara de perlas que presidía el comedor, lágrima a lágrima, de rosa...”*. Le gustan a Luis Tamargo los derroteros de la literatura fantástica, y varios relatos discurren entre la realidad y la imaginación. Pienso en “Pobre Meri”, que es la historia de un camión que llega a ser la

única fuente de la economía familiar. El conductor recoge a una muchacha que camina en la nieve, y ella deja un rastro de su presencia sobre el asiento que había ocupado: una varita con una estrella verde.

Le interesan también al autor los avatares del mundo laboral: los despidos, las injusticias, las incomprendiones. En algunos relatos se respira el desasosiego y la sinrazón de la cotidianidad. En “La caravana”, Tamargo consigue que la tensión acumulada en un atasco invada el ánimo del lector. El protagonista analiza su vida y siente que se parece muy poco a la que había soñado. Está dispuesto a romper con todo: *“las crueles rencillas, las batallas de celos entre compañeros en su trepidante carrera por acceder a escalones más altos; sí, olvidar aquella vorágine despiadada que le robaba la tranquilidad y, con el tiempo, lo sabía, su alma...”* [...Decidido, salió del vehículo, abrió el maletín, y lo tiró contra el suelo pisoteando los papeles que no volaron. Dejó la puerta del coche abierta y, mientras se alejaba andando en dirección contraria, se desanudó la corbata y la tiró al suelo sin mirar, sin importarle dónde cayera... ¡Qué diantres! ¡Al diablo todo!” Se trataba de un sueño, y yo lamento que lo sea. ¿Por qué un sueño...? El lector se queda con las ganas de una vida nueva; de un ejercicio de libertad para un hombre encasillado en la rutina.

Ascensores que no se detienen nunca en la octava planta, lugares para morir o encontrar la paz, más allá de la costa, en Los Acantilados, aunque no exista ninguna población con ese nombre; todo contribuye a la fabulación del misterio, que se engancha en el ánimo del lector como un jirón de niebla en el pico de una montaña.

Angelina Lamelas.  
*Verano de 2004*



I PARTE

ERA UN BOSQUE



## ERA UN BOSQUE

*“De tarde en tarde alguna ráfaga  
hacía circular sobre el paisaje  
jirones dormidos de bruma”.*  
Knut Hamsun.

...Era un bosque, diríase que unido más que apretado, aunque de lejos semejaba una compacta masa arbórea. De cerca, sin embargo, era PaloAncho el encargado de marcar las diferencias. Todo el bosque parecía girar en torno a él, grave y serio, rodeado de convecinos que respetaban su edad. Fue AltoyDelgado quien dio la noticia. Se cimbreado ligeramente, agradecido a la brisa, para susurrar en las hojas de su compañera el mensaje que todos anhelaban compartir. Llevaban largas semanas expectantes por los acontecimientos. Nunca conocieron dos veranos seguidos tan largos, sin descanso ni pausa para sus fatigados troncos. Primero, comenzaba el humo levantando nubes redondas y cenicientas sobre sus copas. Luego, venían las despedidas de sus hermanos. El encinar de Loma Llana ya había desaparecido el año anterior. Y también el Robledal Centenario y las Hayas Bellas descarnaron, asomando solo sus puntas negras, la ladera de Montaña Blanca que ahora, desde el Acebal Solitario, temeroso, ofrecía su agreste tristeza al desolado paisaje.

Los eucaliptos se estremecieron nuevamente, unos con otros, alarmados por el oscurecido cielo, salpicados por el hollín, por el amenazante crepitar... TalloEsbelto abrazó el cuerpo de BuenaSavia, acurrucaron sus ramas, besándose. Contemplaron amorosos los brotes nuevos que nacían, verdes, y los retoños que a su lado ya crecían, juntos. Dejaron resbalar sus lágrimas sin piedad, sin compasión, irremediabilmente. Y lloraron, lloraron ante el inminente final...

Tanto y tanto lloraron que al despertar de aquella mañana se dieron cuenta de que llovía. Irremediabilmente llovía. La lluvia se había unido a su honda pena con su lamento de salvación. Los árboles lloraron y la lluvia caía...

Era un bosque, diríase que unido si uno se iba acercando...

## PAISAJE CON ROSTRO

La pradera tupida extendía su manto uniforme sobre el cuero cabelludo del terreno, bordeando cada contorno a ras del horizonte. Las nubes cenicientas, cejas oscuras, en lo alto, arqueaban su abigarrada forma y la frente del cielo dejaba de arrugarse cuando la noche caía. El brillo de las estrellas, entonces, custodiaba el sueño en los ojos del valle.

Desde el promontorio, la cordillera montañosa se deslizaba firme, nariz rocosa, rotunda. Y a ambos lados, la pendiente descendía escarpada para encontrarse, suave, y después fundirse con los pómulos cercanos de los montes próximos. En un tiempo, frondosos bosques poblaron su relieve. Hoy, más claros y diáfanos, dejaban al aire las cicatrices de su áspera piel curtida.

Antes de alcanzar los acantilados, hacia el sur, encontrábamos la sima del Gran Lago, estrecha grieta alargada, boca pronunciada, pero ligeramente elevada, que daba cobijo a un pequeño mar interior, nutrido de innumerables afluentes, todos ellos subterráneos. Era ésta una zona de marcados contrastes, en ocasiones drásticos, de coléricas tormentas y erupciones, o bien de templada brisa y vientos rápidos, que arrastraban a su paso las claridades del talud, como si esbozaran una sonrisa a la tarde huidiza...

## LOS ACANTILADOS

No era un lugar muy frecuentado, de ahí su encanto a pesar de lo accidentado del acceso. Sin embargo la vista panorámica que ofrecía era digna de disfrutar. Desde arriba, ellos no se perdían ni una sola puesta de sol y si empeoraba el tiempo también le encontraban el lado atractivo, fieles a su cita diaria del mediodía el más mayor recordaba épocas pasadas mientras los más pequeños escuchaban con atención. Uno de los ancianos se sumó a la reunión con la avidez de rememorar su historia preferida...

-...Pues sí, ese faro que veis ahí abajo abandonado lo construyeron antiguos prisioneros, fue su castigo de guerra. Podéis contemplar las huellas que los cañones dejaron en alguno de los acantilados, sin ir más lejos la Peña del Nido quedó truncada en una de aquellas contiendas. Los hombres esculpieron uno a uno cada peldaño que baja desde la costa, era necesario salvar el desnivel para construir este faro que tenemos debajo nuestro. Yo mismo pude contemplar entonces cómo alguno de aquellos hombres cayó al mar, a veces incluso se tiraban ellos mismos, locos por escapar de tan negro porvenir. La muerte entre los arrecifes era más deseable que su triste destino de encierro.

-...Debe ser horrible no volver a sentir la brisa ni el batir de olas! - enfatizó uno de los más jóvenes.

El vuelo rasante de una gaviota les sacó del concentrado interés que había adquirido la conversación, era un aviso. En efecto, al poco se dejaron escuchar las voces animadas de un grupo de colegiales que descendían por la escalera del acantilado, algo arriesgado quizás para sus endebles pies, pero sin duda una excursión programada con éxito para descubrir las maravillas de la naturaleza costera. Los cuidadores no escatimaban en precauciones para mantener ordenados a la tropa de jóvenes que, a la vez que bajaban los escalones se distraían en observar y apuntar con el dedo a cada roca, cada gaviota o árbol de curiosa forma o extraña ubicación, que llamaban su atención.

La paz del lugar se tornó de repente en un jolgorio de risas y chillidos. El tono estridente de alguna de las niñas asustó hasta a las gaviotas, que se elevaron presurosas sin cesar de advertir a sus

convecinas. Desde lo alto, contemplaron impasibles el barullo de aquella invasión de turistas...

-Se nota que llegó el buen tiempo... -acertó a replicar el anciano, interrumpido en lo mejor de su historia-. Habrá que empezar a acostumbrarse a esto otra vez!

Abajo, los excursionistas se agolparon junto al faro semiderruido, sin sospechar que eran observados. Los gritos de los niños crecían en desconcierto, hasta que los cuidadores dieron la orden para sentarse en torno al viejo faro y comenzar la merienda. Hasta lograrlo pasó un largo rato de tensión e impaciencia desbordada. Luego, tan atareados andaban en hincarle el diente a sus bocadillos que, por unos breves instantes, pareció regresar la calma a los acantilados, tal vez excesiva para los nuevos visitantes, más acostumbrados al bullicio que al hondo silencio de los lugares inhóspitos. No tardaron, por tanto, en volver a las andadas, primero con canciones en grupo, luego incorporando bailes a los que con dificultad acompañaban de histéricas risotadas forzadas. Una de las cuidadoras tuvo la feliz idea –bien acogida al principio- de iniciar una ronda de chistes y acertijos con el fin de mantenerles al menos sentados en un sitio fijo y acabar así con las peligrosas cabriolas al borde del acantilado. Pero pronto derivó en una exhibición de lenguaje soez y desagradable. El resto de cuidadores cambió entonces de estrategia a fin de reconducir la energía descontrolada de su alumnado y poner fin a los improprios. Al fin dieron resultado sus pretensiones y el turno de juegos trajo al menos una algarabía más pausada, influída también por la fatiga de algunos de los muchachos que no habían cesado desde su llegada de gritar y brincar. Una de las pequeñas se dirigió al grupo a voz en grito:

-Mirad! Esa roca parece una cara... Sí, mirad, la he visto reírse!

Todos prorrumpieron en sonoras carcajadas burlándose de la desatinada imaginación de la chiquilla...

-...Sí, sí... Y allí otra! ¿No veis que tiene la boca abierta?

La burla se extendió como la pólvora, a cada instante más carente de gracia; al desternillante ambiente de antes le sucedió un insoportable recelo que se escapaba así de las manos e intenciones de los apesadumbrados cuidadores. La velada había sido más que suficiente y otra vez revueltos, raudos, se dispusieron a iniciar la marcha de vuelta no sin la consabida complicación de aunar en fila a toda aquella desbandada de niños inquietos, si cabe ahora aún más pesados ya que acusaban las secuelas del cansancio y el aburrimiento. El enfado en la despedida llenó el enclave de lloros e insultos, los cuidadores

intentaban poner las paces entre los puñetazos y empujones con amenazas de castigo, agobiados por tanta impotencia ...

-Sí, mira aquella roca... Parece la nariz de una bruja... -insistía la pequeña ante la indiferencia del resto.

El grupo de niños siguió la inclinada ascensión de regreso por los escalones del acantilado entre risas y llantos y, a lo lejos, se fue perdiendo el rumor de voces hasta terminar por desaparecer del todo. El anciano no pudo evitar recriminar a los turistas el mal sabor de tarde que le habían dejado...

-No sé si me acostumbraré a esto alguna vez...

Otro de los jóvenes, que observaba la situación desde arriba, animó al viejo para que continuara con su historia, pero el mayor les mandó callar:

-Shsss... Parece que vienen! ¡Poneos serios!

Una de las cuidadoras había bajado de nuevo hasta el acantilado. Su mirada se dirigía nerviosa por cada esquina, deambuló un rato alrededor del faro, por los sitios donde antes había acampado la excursión hasta dar con la mochila extraviada. Luego, sin dejar de lanzar esporádicas y desconfiadas miradas sobre las rocas, se apresuró en volver en pos de los niños.

La tarde ahora se vestía de dorados reflejos que el sol poniente pintaba en los acantilados. Las sombras del crepúsculo se proyectaban entre las rocas dando la sensación de que se alargaban, parecían moverse...

-Vaya pandilla de desalmados! ¡Prefiero a las gaviotas! -gruñó la gruta abierta, que mostraba restos de papeles y plásticos amontonados en su entrada.

...Los acantilados jóvenes no dejaron de reírse, mientras la noche extendía sobre ellos el mismo manto oscuro que venía empleando desde hacía siglos.

## UNA AMIGA FIEL

...Sobre el cielo gris unos nubarrones de color carbón acompañaron, fríos, a un viento ahora más impetuoso. Fue el azote del viento en el rostro lo que le despertó. La arena de la playa también había perdido su cálido manto original y, despojado de su abrigo, incómodo y molesto, se incorporó presuroso con la determinación de poner sus pasos rumbo de vuelta a la población. Se había alejado demasiado y ahora la lluvia se animaba en conquistar cada resquicio de tarde. Las botas mojadas, pesadas por el agua, dificultaban la subida por el acantilado arriba y la marcha rápida por senderos adivinados, casi inventados al borde mismo del acantilado.

Un graznido ronco de gaviota le advirtió del peligro, del precipicio cercano. Pudo vislumbrar a través de la película de agua que le bañaba la cara, la silueta gris del ave planeando lento a su lado, casi a la altura de su hombro. Instintivamente, desviándose en cuatro largas zancadas, arriesgadas, topó con el camino vecinal, ahora embarrado, que enlazaba con la carretera comarcal. Aún le separaban de Claridades varios kilómetros y hubo de realizar a pie el trayecto hasta el apeadero más próximo, mientras la lluvia arreciaba fina y tímidamente. Cuando el autobús llegó a las inmediaciones del barrio de pescadores la tarde dejó paso de nuevo a un brillo tenue que alegró las calles empedradas, vacías de gentes.

Ya en la habitación del hostel en La Taberna se desembarazó de su maltrecha vestimenta y, cansado por la carrera y la llovizna incesante, se dejó caer rendido en la cama, se cubrió con las mantas hasta el mentón y aún pudo observar el agrisado tono del cielo que asomaba por la ventana del ático. Después, en apenas un instante, se quedó de nuevo dormido, exhausto, profundamente. Como entre sueños reconoció el acantilado que momentos antes había recorrido en distraído paseo. Observó las oscuras rocas de aristas arrugadas y el estrecho sendero de arena que bordeaba el canto de la costa. Podía escuchar el rumor cercano del mar y los graznidos de las gaviotas de sonora estridencia, saludándole allá arriba. La tarde llegaba a su fin y, en bandadas, las aves regresaban hacia el este, a su hogar. El islote de Los Pájaros flotaba entre el dorado tono del oleaje como un paraíso perdido, un nido prometido.



...Allí estaba la gaviota, azuladamente gris, posada en la repisa de su ventana, recortada sobre el tamiz nublado, pero calmo del cielo. Le saludaba la gaviota, le preguntaba qué tal estaba, cómo había ido todo, si ya se encontraba a salvo. Se preocupaba por su bienestar, antes al borde del acantilado y, ahora, cómodo, recostado en su lecho. Así, desplegó sus alas en lento batir y abandonó la ventana para reemprender el vuelo...

Le pareció haber escuchado cómo le hablaba el ave. Le pareció haberla visto allí, en su cornisa, despidiéndose para reiniciar su viaje y remontar hacia lo alto... Le pareció contemplar su sonrisa mientras aleteaba alegre, firme, majestuosa...

## LA CARAVANA

Todos los días ocurría lo mismo, la entrada a la ciudad se veía colapsada por la numerosa afluencia de vehículos que regresaban de sus trabajos. Al menos era necesario invertir algo más de dos horas en cada ida y vuelta para alcanzar el destino. Era difícil acostumbrarse a la misma larga espera siempre a la última hora del día. Jean había probado de todo para hacer de ese momento algo productivo; primero aprovechó para repasar los informes que quedaron pendientes en la oficina, pero así no lograba sino llevarse más deberes a casa por lo que, luego, optó por escuchar la colección de música que Mirna le regaló por Navidades; incluso, se aprendió un curso completo de italiano para comerciales, aunque flojeaba en la concatenación de frases en cuanto se salían del esquema preestablecido. Cualquier pretexto resultaba válido para tratar de distraer tan tortuosos instantes: los crucigramas, hablar por teléfono, yoga para conductores... Avistar la torre del puente de Aubry significaba reavivar la esperanza, era la señal esperada pues una vez traspasado el túnel la circulación se volvía inusitadamente más fluida y, casi con asombro, los conductores parecían descubrir que de nuevo los coches eran capaces de acelerar.

Hoy Jean estaba particularmente cansado, las últimas semanas habían sido especialmente duras con aquella amenaza de fusión en ciernes. No había podido desenvolver su trabajo con normalidad y tampoco había tenido un descanso para dedicárselo a Mirna, también bastante agobiada por su rutina diaria. Ella trabajaba al otro lado de la ciudad, así que hasta el atardecer no podían encontrarse ni hacer vida de hogar. Quizás por eso la llegada de los niños se retardaba tanto; de tenerles no podrían verles hasta la noche, así que era impensable organizar la vida de acuerdo a otro sistema que no fuera del trabajo a casa y con el tiempo justo. Eran jóvenes y podían resistir de momento el infame trajín pero, además, el fin de semana era corto incluso para descansar por lo que el agotamiento se acumulaba contribuyendo aún más a un incierto futuro de paz y estabilidad. Se estiró en el asiento y estrujó los nudillos produciendo ese chasquido de huesos que a ella tanto le molestaba. La fila de coches avanzó unos metros, imperceptible, antes de volver a estancarse bajo un tórrido sol que ya comenzaba a perder fuerza.

Veinte minutos antes había pasado frente a la bifurcación que lleva a la pequeña población de Grenach; recordaba con agrado el día que Mirna y él se acercaron a conocer la aldea. A él le llamó la atención aquella casa de piedra y madera con su huerto anexo que descansaba en el lomo de la ladera, de espaldas a la autopista. Lástima que ella era lo que se dice una mujer urbana, nacida, criada y desarrollada en la ciudad, gustaba de tener todo a mano, las comodidades y sus inconvenientes. Aunque él también nació en la ciudad le atraía la idea de rodearse del entorno calmo y saludable del campo, estaba dispuesto a realizar sacrificios, a intentarlo, porque el proyecto lo merecía y solo el mero hecho de prepararlo le distanciaba de la preocupación obsesiva a que le sometían sus faenas cotidianas. Le dolía el muslo en su parte interna de pisar el embrague tan sostenido, la hilera de automóviles se movía perezosa sin permitir relajar la tensión del pie. A ratos la caravana se detenía para, en espaciados trompicones, reanudar la lenta marcha.

Apagó brusco la radio, interrumpiendo el discurso de noticias sobre las elecciones con que llevaban bombardeando las ondas desde hacía meses. Su ánimo no era esa tarde el óptimo y, contrariado, empezaba a mostrar los primeros síntomas de impaciencia y fatiga mental, aquella condenada cola no se movía. Salió del coche para despojarse de la americana y, sudoroso, volvió al asiento, se remangó las mangas de la camisa mientras resoplaba con malhumor. Su mirada chocó con la de una señora que conducía, en paralelo, y que repentinamente cambió la vista quizás para esquivar el impulso feroz de sus pensamientos. Jean agachó la cabeza tratando de serenarse y reflexionar, ella no tenía la culpa... Los tres carriles de la carretera estaban infectados de coches, de máquinas humeantes y ruidosas que apenas avanzaban un palmo desde hacía casi una hora, mientras lo que restaba del sol de la tarde se preparaba para esconderse detrás de las colinas tristes, aburridas ante panorama tan grotesco, incapaces de llegar a comprender. Un nuevo trompicon vapuleó las filas de coches que, casi al unísono, se movieron para adelantar unos pocos metros.

Cuántas tardes detenidas ante el mismo paisaje quieto, cuántas horas de espera para repetir a la mañana siguiente, al siguiente día, cada semana y cada mes, durante todo el año incluyendo los festivos. Cuántas veces mientras esperaba le pasó por su imaginación hacerlo, sí, llevar adelante aquella locura, dejar aquel puesto que tantos años de estudio le costó, la empresa de prestigio por la que cualquier profesional que se precie pagaría por entrar, abandonar las crueles

rencillas, las batallas de celos entre competidores en su trepidante carrera por acceder a escalones más altos, sí, olvidar aquella vorágine despiadada que le robaba la tranquilidad y, con el tiempo, lo sabía, su alma. Le había ya hecho añicos el ansiado espíritu hogareño que tanto acarició cuando iba a casarse con Mirna, a ella también le había defraudado, había cambiado su carácter, resignado tal vez, esclavizados ambos por las circunstancias. La cola no se movía desde hacía diez minutos y Jean notaba bullir la quemazón, su descontento había aumentado en tan grandes proporciones que, sorprendido, se encontraba cargado de toda la energía necesaria para atreverse a dar el paso... Decidido, salió del vehículo, abrió el maletín y lo tiró contra el suelo pisoteando los papeles que no volaron. Dejó la puerta del coche abierta y, mientras se alejaba andando en dirección contraria, se desanudó la corbata y la tiró al aire sin mirar, sin importarle donde cayera... Qué diantres! Al demonio todo!...

Estaba harto de las colas, de las esperas, de su vida milimetrada e insignificante, de su escaparate de pareja fija, de no oponerse a la corriente irremediable que le devolvía al rebaño, de no poder cambiar el rumbo de los acontecimientos ni el de una noche siquiera. Volvería a Grenach, anotaría el teléfono del cartel que colgaba de aquella casa de madera y piedra, tanto dinero de tanto trabajar habría de servirles ahora de utilidad para comprarla, para transcurrir sus días al ritmo de la paz y el calor junto a una Mirna más feliz; ella tenía que comprenderle, era su amor lo que estaba en juego... Estaba más que asqueado, pero ahora de repente se sentía fuerte y lleno con esa decisión, casi empezaba a sentirse libre caminando entre los vehículos que, estrepitosos, hacían sonar sus bocinas sin dejar de vociferar...

-¿Eh, oiga, qué hace? ¡Venga, hombre!...

El estruendo creciente de los bocinazos fue lo que le hizo despertar, sobresaltado, agarró el volante con las dos manos y metió la marcha. Aquellos diez minutos últimos le parecieron una eternidad. No podía verse la torre de Aubry porque estaba justo encima, pero la caravana entraba ya a la boca del puente. Delante, las luces de los vehículos desaparecían con rapidez, ávidos por alcanzar la salida del túnel...

## A LA DERIVA

El contorno costero había desaparecido de la línea, ahora limpia, del horizonte. Había navegado sin descanso, obsesionado por perder de vista cualquier atisbo de tierra firme. Aquel año el curso había sido demasiado intenso e, incluso, su padre se había excedido en su exigencia por no desaprovecharlo insistiendo de continuo en la parte del futuro que estaba en juego. Por eso, todo el objetivo de aquellas vacaciones era relajarse distendidamente hasta la saciedad y, así primero, había que aislarse de todo ruido que sonase a recuerdo de hábito rutinario. Para ello cogió el velero de su padre y salió mar adentro. No dijo nada, tan solo dos días y volvería, renovado. Esa noche el mar también dormía y balanceaba el balandro con su mecer calmo.

Sin embargo, como en otras ocasiones, aquel maldito juego mental no le dejaba conciliar el sueño. Lo achacó a la influencia cercana de las obligaciones cotidianas, de las que aún no había logrado desembarazarse en su totalidad. Ahora que necesitaba descansar y dormir era cuando se le planteaban a modo de desafío aquel tipo de dilemas que le hacían perder el tiempo, pero imposibles de eliminar a su pesar. El reto en sí era sencillo... Había dedicado la tarde a practicar nudos en cubierta, mientras las velas se dejaban llevar por una brisa suave y generosa. Practicó los nudos marineros que ya conocía, se ató un brazo, las piernas, utilizó también las cornamusas y, a la vez, aprovechó para intentar aprender algún otro nudo nuevo. Y ahora, en vez de descansar, aquella pesadilla sin fin le debatía en si un hombre atado por el tobillo a un cabo que arrastraba un velero, empujado por el viento, tenía posibilidad de salvación. Para él no había problema pues, incorporándose para agarrarse el pie y alcanzar el cabo, solo había que jalar la cuerda con uno y otro brazo hasta subir a cubierta. Sin embargo, otra voz en su cabeza le intranquilizaba con la posibilidad de que la creciente velocidad del velero, impulsado por fuertes vientos, resultaba proporcionalmente superior al esfuerzo necesario del hombre, no para alcanzar su pie y el cabo, sino incluso para poder incorporarse. Ante tal impetuoso avance el hombre, incapaz de reaccionar y moverse, veía cómo el cielo desaparecía bajo el mar, hundiéndose entre bocanadas de agua.

En la mañana del día siguiente el helicóptero, desde arriba, logró atisbar el velero y dio parte a Comandancia Marítima. Por fin, la lancha guardacostas encaminó su rumbo al barco desaparecido durante dos días. Ya antes, su padre había avisado, preocupado por la tardanza. Al llegar a la amura de babor, los guardacostas encontraron un cabo atado a bordo del que pendía el cuerpo del joven, por un tobillo, semihundido y ahogado en el mar. Es una peligrosa maniobra, parecieron decirse con su mirada mientras rescataban el cadáver del agua. Un cambio imprevisto del viento puede jugar una mala pasada, lo saben todos los marinos. Una trasluchada de popa golpea al tripulante, desprevenido, que pierde el equilibrio y cae al agua, quedando así a merced del oleaje mientras su barco sigue alejándose... Pero, ¿por qué llevaba atado su tobillo aquel muchacho...?

El mar silencioso callaba sus olas entre los reflejos luminosos del sol que nacía. Como si el viento anduviera escondido ni siquiera había brisa y las velas flameaban al sol, quietas.

## FINAL DE COSTA

No había letrero alguno; quizás por eso siguió la inercia de aquel cruce. Llevaba horas al volante y nada le habría desanimado más que haber leído la señal de alguna población cercana. Solo conducir, tragar kilómetros hacia un lugar sin nombre...

Nunca bendijo tanto el hallazgo fortuito de aquella villa como el efecto beneficioso que a partir de ese momento le acompañó. El carácter atormentado que le perseguía en los últimos años a causa de la enfermedad de Marie y, también, por la jubilación anticipada que le forzó a enfrentarse sin esperanzas a una batalla perdida, le habían transformado en un ser hosco y solitario. No le bastaban las respuestas de su médico, el Dr. Vincent, instándole con fingida profesionalidad a probar terapias psicológicas que le ayudarían a fortalecer su acrecentado pesimismo, ni tampoco iba a poner el resto de fe que le sobraba en aquellos rutinarios fármacos. Siempre fue hombre dinámico, de mente ágil que se tornaba vivaz cuando estaba ocupado, su estado ideal. Ahora, sin trabajo, intentaba suplir el espacio de sus actividades dedicando un tiempo a organizar sus colecciones de modelista, incluso llegó a terminar de una vez aquella fragata antigua que le regalaron sus compañeros en el homenaje de despedida.

Sin embargo, ni las maquetas de sus balandros ni los medicamentos ni los consejos del doctor Vincent poseían la consistencia suficiente para detener la tortuosa avalancha de ansiedad que supuso la muerte de Marie. Sin obligaciones era un hombre desarmado, pero sin lazos afectivos sus sentimientos caían desbocados en una vorágine sin fin de soledades. Por eso cogió el vehículo, su mundo de toda la vida se quedaba pequeño y su espíritu, hambriento de avidez, le empujaba a explorar horizontes distintos a la búsqueda de una novedad que tal vez le hiciera resucitar de aquella situación que le aprisionaba.

Aquella tarde abandonó la autovía que le devolvía a casa y regresaba sin prisa por la comarcal. En muchas otras ocasiones pasó frente a aquel cruce, dejándolo a un lado, pero esta vez decidió tomarlo con un giro repentino, casi al tiempo que se dejaban caer las primeras gotas de lluvia. Al poco, la carretera se estrechó hasta borrarse la línea divisoria que marcaba la doble dirección y el firme dejó notar la superficie parcheada de sus baches. El aparente rodeo comenzó a extenderse más

allá de su pretensión original, pero para entonces la lluvia era ya copiosa y el movimiento rápido del parabrisas le dificultaba conducir con seguridad. Una fuerte tormenta eléctrica se desató en apenas unos instantes y su resplandor intermitente se reflejaba fantasmagóricamente entre los árboles cercanos. Su preocupación crecía a la vez que el temporal y la noche cerrada iban en aumento, hasta que con un rescoldo de alivio divisó las luces de la pequeña villa. Circuló lento por lo que semejaba una calle principal, vacía de transeúntes. Aguardó con el motor en marcha hasta descubrir la figura de alguien a quien poder preguntar. Por fin distinguió al viejo pescador que esquivaba el chaparrón bajo los aleros. Aunque a este no le hizo mucha gracia abandonar por un momento su refugio de la orilla para responder a las dudas nerviosas de un conductor extraviado, así y todo, contestó sin un mal gesto...

-La carretera no sigue. Está usted en la costa! O vuelve por donde vino o...

Debió notar el rostro perplejo del hombre que le preguntaba y, mientras volvía a resguardo de los aleros, apostilló:

-Dos manzanas más al fondo tiene el hostel de la señora Olmos... Hace una noche de perros, oiga!

No le faltaba razón al viejo marino, nada mejor que la opinión de un experto pescador para seguir el consejo a pies juntillas, por lo que se dirigió en dirección al hostel dispuesto a capear la noche del modo más cómodo.

Cuántas veces le escuchó decir al doctor Vincent que no debía encerrarse ni aislarse, que necesitaba exteriorizar sus inquietudes, conversar, compartir tareas o colaborar en cualquier acción con implicaciones sociales. Cada vez que le soltaba la perorata lo acompañaba con un tratamiento de pastillas destinadas a frenar su ansiedad y controlar su sueño que, por el contrario, solo conseguían dificultar y reducir el tiempo destinado a dormir. Sin embargo, obligado a pernoctar en casa de la señora Olmos, dormía. La urgencia de las circunstancias impusieron que tampoco tuviera a mano las medicinas que metódicamente pretendían dominar su vida y, sin embargo, las tostadas rebanadas que la propia señora Olmos subía a la habitación ofrecían el remedio milagroso del mejor de los desayunos. Luego, quedaba toda la mañana por delante antes de que con ganas casi se deseara la hora de la comida.

El tiempo transcurría en la villa sin preocuparse de mirar el reloj, los paseos por el muelle o las tertulias en el bar del hostel entonaban las



tardes de modo que parecía que el tiempo se hubiese tomado un respiro también para olvidarse de todo lo que no tuviera nada que ver con la calma o la paz. Las conversaciones con Mauri, el viejo pescador, repasaban hechos pasados aunque liberados de la importancia actual. Le agradaba escucharle, mientras el pescador preparaba un montoncito de tabaco para su pipa de motivos marineros y hablar con él, cuando la encendía y aspiraba, pues casi pertenecían a la misma generación si bien los avatares de sus vidas distaban en detalles considerables. La mar moldea la cruda arboladura de los hombres que la trabajan y el viejo Mauri desconocía el significado de la palabra médico... A diferencia del pescador, a él no le habían faltado penurias que solventar, sobre todo y muy a pesar suyo, los últimos padecimientos de su querida esposa, demasiado recientes aún, pero algo había en el modo de enfocar los problemas que originaba un abismo entre ambos a la hora posterior de extraer conclusiones. Con el viejo marino aprendió el secreto del optimismo, sobre el que tanto había oído predicar sin interés. Las lecciones que Mauri sacaba de un obstáculo pasado lograban hacer desaparecer el problema mismo e, incluso, su posible repetición. Y esto era algo que a él le regocijaba, tan asaltado por los mismos fantasmas, pues le entoncaba de nuevo a la realidad, sin cargas ni peso sobrante. Al final, una buena risotada entre amigos o un paseo por los acantilados desentumecían el óxido acumulado de la fatal seriedad y todo volvía a colocarse en el orden y en su sitio justo.

Los viajes a la villa se fueron haciendo más frecuentes. Primero, con excursiones o algún fin de semana, luego pequeñas temporadas que le devolvían a casa renovado. El propio doctor Vincent se mostraba satisfecho con los resultados de su tratamiento al comprobar los avances de su decaído ánimo. No podía imaginar que las medicinas descansaban al fondo de un cajón, tan abandonadas como sus intenciones de asistir a rueda terapéutica alguna. Solo de pensar que volvería a la semana siguiente a la villa una diáfana alegría se le reflejaba en el semblante, imposible de disimular.

Al principio fue tan solo una fugaz idea que se le pasó por cabeza. Luego, ayudado por el tiempo y el sosiego para la reflexión, fue madurando su proyecto hasta adueñarse por entero de su entusiasmo. Poco a poco fue cambiando vínculos, no tenía nada de descabellado trasladar su hogar a donde se sentía más a gusto. Además, hacía tanto que no sabía lo que era sentirse así, casi lo había olvidado.

Comenzó por desprenderse de su casa de la ciudad. Entre Marie y él habían conseguido convertirla en un hogar, pero ahora era demasiado grande para sus necesidades. En sus amplias habitaciones descansaban los recuerdos, hablando del pasado irremediable, recordándole los límites del futuro. No fue difícil desembarazarse de ella, estaba bien situada en el centro urbano. A cambio, un pequeño ático junto al hostel de la señora Olmos, en una callejuela paralela, sin tráfico y con vistas a los montes, desde donde se podía respirar el aroma de los robledales en otoño. Cuando la brisa del nordeste volvía a soplar entonces era el olor a salitre añejo el que inundaba cada rincón de la villa, algo que a él le hacía ensanchar los pulmones y tragar bocanadas. Era el olor del pueblo que reconocería entre un millón, inconfundible. Antes, unos meses atrás, apenas para él tenían significado los olores, ni la risa... Sí, ahora se sonreía para sus adentros al recordar las palabras del doctor Vincent en la última visita:

-...No se le ocurra abandonar el tratamiento! ...Si marcha de vacaciones a ese pueblo que dice, por lo que más quiera, siga tomando las pastillas!

Al doctor Vincent lo avisaron a media tarde. Debido a lo escarpado del lugar, ya anochecía cuando el médico forense llegó a los acantilados para levantar el cadáver. El cuerpo inerte de su antiguo paciente yacía entre las rocas, sin señales violentas, casi podría afirmarse que su expresión era plácida; lo examinó. Junto a él una pipa con tabaco sin encender descansaba en el suelo...

-Él no fumaba...

Finalmente, rellenó el último apartado del informe por fallecimiento: causa natural. De regreso por la autovía el doctor consultó el mapa... Los Acantilados! No existe ninguna población con ese nombre... El inspector que conducía el vehículo aseveró:

-Ahí se acaba la carretera... Estamos en la costa!

## UN ÁRBOL LLAMADO...

Entre los humedales se fue abriendo paso ahora más ligero, aunque bastante fatigado. Atrás quedó el peligro de la zona pantanosa y de los tramos que hubo de atravesar con el agua llegándole hasta el pecho. Sujetando el machete por encima de la cabeza, con los dientes apretados, avanzó con lentitud cada centímetro, tragándose el sudor que goteaba de su barba rala, hasta que por fin el lodo se tornó firme y pudo correr hacia el bosque. Un suspiro de esperanza pareció resucitar de sus sofocados jadeos cuando penetró en la espesura. Sin detenerse, continuó la desenfrenada carrera, apartando a golpe de machete la maraña de lianas que obstaculizaba su camino. Un camino improvisado sobre la marcha, inventado por el afilado cincel del único arma del que ahora podía fiarse. También atrás quedó el galopar tumultuoso y los ladridos salvajes de las fieras desbocadas, alentadas por los gritos no menos fieros de sus perseguidores.

Corrió y corrió hasta caerse, hasta que todo ápice de energía se esfumó, desgastado. Su rostro quedó hundido en el barro del suelo, entre las hojas, al pie del gran tronco, bajo el frondoso techo del bosque. Aquella zona de la costa oriental era conocida por la bravura de los piratas que la custodiaban y, por tanto, tan temida como evitada. Sin embargo, la galerna que le desarboló el palo mayor fue una más de las que frecuentemente se desataban en el área en aquella época del año, dejándole así a merced de las aristas rocosas de los arrecifes, sembrados indiscriminadamente por la mano del diablo. Advertido del riesgo, el inoportuno temporal vino a complicar el viaje inesperadamente.

Sin fuerzas para oponerse a los piratas que lo capturaron hubo de padecer un tortuoso cautiverio, interminable de no ser por el descuido igualmente inesperado de sus captores que, oportunamente, supo aprovechar. La persecución fue despiadada y, durante la carrera, habló consigo mismo repasando cada pregunta y respuesta, cada uno de los motivos que lo habían empujado tan lejos en el viaje de su vida.

Recordaba la voz de su amigo Pablo animándole con tono amable, apaciguando sus miedos. Pensándolo bien no conocía a nadie con aquel nombre, pero sí reconocía la voz familiar del amigo. Le hablaba del hogar y de las gentes que amaba en la otra tierra firme, de donde

partió. Sí, se decidiría a volver, iba siendo hora de regresar. Ahora mismo no existía nada que más deseara y, llorando, se abrazó a su amigo, desconsolado. Así, abrazado, se despertó, con sus brazos alrededor del enorme tronco redondo, queriendo abarcar el ancho contorno del árbol que cobijó su sueño... Pablo, Pablo!, gimió aún levemente, mientras despertaba, incrédulo.

De vuelta a casa fue lo primero que hizo, según vino proponiéndoselo durante todo el trayecto. Llegó al pueblo dispuesto a dedicarse en exclusividad a cumplir aquella promesa. La antigua casa de piedra seguía en pie, aunque en ruinas y, así, recorrió cada rincón de infancia y los recuerdos que aún pervivían en los lugares que amó. Dejó que sus pasos le guiasen o, tal vez, fue el propio sendero que llevaba a la fuente el que lo guió... Por un instante dudó y se preguntó por dónde... Por aquí, por aquí!, reconoció la voz, al final de la linde con el bosque. Se sentó allí, bajo el árbol grande, apoyado en el respaldo confortable de su grueso tronco y, extrayendo el libro del petate, leyó durante horas, ininterrumpidamente, hasta dormirse. Al despertar, se despidió... Hasta mañana, Pablo!

...Hasta siempre, amigo!, respondió el árbol, mientras se iba alejando.

## EL DUENDE PARTICULAR

Al doblar la curva del río, entre la espesura de hayas, hay una gran piedra plana, redonda, semiroída en uno de sus cantos. Sentado en ella, apoyado sobre la cagiga milenaria puede contemplarse el río. El agua juega y arremolina espuma entre los surcos de las rocas enmohecidas. Un hilo de luz se asoma por el techo de hojas y, desde arriba, dibuja un arcoiris en la orilla, un manto multicolor que envuelve al hada del arpa, que danza y deja bailar sus dorados cabellos al sol, rodeada por un séquito de diminutos duendes, numerosos y curiosos, que se acercan y rodean la gran piedra plana. Algunos, de nariz arrugada, son feos y se esconden detrás de los árboles. El más bello se acerca y mueve los labios. No me habla, pero le escucho y, mientras se acompaña de suaves movimientos y ademanes delicados, me explica que lo veo porque soy niño. Se llama Particular, respondiendo a mi pregunta y continúa explicándome que él es el duende que me corresponde. Sí, de acuerdo al carácter de cada uno nos acompaña uno u otro duende y, por un instante, suspiro aliviado de que no sea uno de los que se ocultan tras las peñas. Con gestos elegantes se da prisa en aclararme que no somos niños siempre, que luego crecemos y es natural que así sea, pero que perdemos el alma niña y nuestro espíritu queda enturbiado por el tiempo. Después, un día, cuando contamos el secreto desaparece finalmente el hechizo.

Aún resuena el eco del duende en mis recuerdos. A la entrada del río, hoy, un cartel de grandes letras se anuncia: "Se Vende Finca Particular"... Lleva ahí tantos años como los que yo anduve fuera del hogar. Ahora sé que no existe riqueza alguna capaz de comprar lo que ese bosque esconde. Y si lo hubiera, andaría igualmente sobrado de ignorancia al desconocer el verdadero valor de tesoro tan incalculable.

...Hoy espero al otro lado del puente y, desde la orilla, a veces veo llegar algún niño que regresa por el camino vecinal, junto al río. No parecen ni tristes ni alegres... Son sólo niños, verdaderos niños que el río contempla a su paso.

## POBRE MERI

Regresaba a casa desde el norte, apurando kilómetros y horas de carretera sin descanso, con el ánimo ansioso por abrazar a la Mami y que sus dos pequeños retoños le enredasen la barba con sus abrazos traviosos. No podía apartar de su mente las palabras de la Mami, especialmente ahora que con tanto esfuerzo había logrado ahorrar lo suficiente para adquirir el "Pobre Meri", su propio camión. Nuevo y flamante, había respondido a la perfección en su primera travesía larga. Ahora, con el vehículo de su propiedad se sentía más dueño de su trabajo y más motivado para realizar grandes sacrificios a sabiendas que revertirían en el colegio y los libros de los niños y en la casa de la Mami. Atrás dejó los grandes puertos mercantes donde entregó la mercancía y, raudo, descendía por las interminables autopistas que distaban aún dos días del hogar.

La Mami, como buena mujer del interior, siempre le insistía en la necesidad de extremar las precauciones, no por desconfianza o falta de cortesía sino a fin de prevenir algún daño o pérdida de lo que con tantos sudores les había costado conseguir. Ahora por fin tenían la finca y, solo dios sabe, cuánto costó levantar la casa, piedra a piedra, cada viga y cada teja. Los pequeños podrían criarse con comodidad y sin estrecheces de espacio. Y el camión era su vida, así llegó hasta hoy, trabajando con desnudo cada palmo de asfalto. Por eso la Mami entendió lo que significaba el "Pobre Meri" para él, era su sueño.

Se acercaba a la gran cadena montañosa que sirve de frontera natural entre ambas regiones y se había propuesto amanecer al otro lado para ganarle un día al viaje de regreso. Al borde de los arcones, mientras subía, ya aparecía la nieve con su huella ancha y plana, inmaculada, cada vez más ancha. En lo alto, la niebla obligaba a circular despacio para distinguir el carril entre la carretera blanca. Por eso le llamó la atención el verde color del vestido que lucía aquella autoestopista, mientras caminaba por la orilla con el brazo extendido. Vaya lugar para quedarse parado!, pensó. Los copos de nieve caían espaciados, pero densos y, al respirar, el aliento se transformaba en vaho. También pensó en las palabras de la Mami, todo cuidado era poco para proteger la fuente de manutención de la familia, pero no pudo menos que sentir

lástima por la precaria situación de aquella muchacha, abriéndose camino en solitario en pleno temporal.

El "Pobre Meri" saludó con un resoplido de motor nuevo la entrada en la autovía llana y recta, aunque también nevada. Liberado de la carga y del freno que supone la lenta ascensión, se dejó rodar ahora más ligero con la intención de repostar antes de que anoheciera. Allí, aprovechó a tomar algo caliente mientras llenaban sus depósitos de combustible. Desde el escaparate del establecimiento pudo contemplar cómo la muchacha del vestido verde descendía de un turismo recién llegado, semioculto de nieve.

Puso en marcha el "Pobre Meri" y, en la salida de la gasolinera, se detuvo frente a la muchacha autoestopista que desafiaba todas las compasiones. Pudo además comprobar que iba en manga corta y que la tela de su vestido resultaba escasa para abrigar a cualquiera de aquel gélido clima imperante. Así, desoyendo los ecos de los consejos de la Mami, hizo un ademán a la muchacha para que montara en el camión, dispuesto por su parte a poner fin a lo que podía deparar en desgracia de seguir haciendo oídos sordos.

La muchacha se sentó al lado y se quitó el gorro verde. Tenía la cara y el cabello mojados y, también, los brazos. Sostenía entre las manos una vara con una estrella verde en su extremo y, al verla tiritar, le ofreció su cazadora de cuero. Agradeció el gesto con una mirada lánguida y le respondió que se dirigía al Hospital universitario de la Gran Villa, en la siguiente población. Eran fechas de carnavales escolares y no pudo dejar de pensar en sus pequeños y en las ganas locas de estrecharles en sus brazos. La muchacha no habló más en todo el trayecto. Podía comprender su inseguridad, su miedo al desconocido que, al fin y al cabo, podía resultarle también su persona. Al llegar al cruce la joven le hizo la señal de alto y nuevamente le dio las gracias, acompañando cada giro de cabeza con su triste y lánguida mirada. Salió apresurada, recogiendo los bajos del vestido mientras corría hacia los pórticos del edificio hospitalario.

Sonrió nervioso; al menos la Mami no tendría ningún motivo para preocuparse y él podía sentirse satisfecho de haber realizado una buena acción exenta de peligro. La noche se cernió sobre la carretera oscura y, acusando el cansancio, condujo hasta medianoche. Aquel hostal de carretera venía que ni pintado para descansar y emprender la última etapa de vuelta a casa, tan solo a una jornada de distancia.

...Despertó sudoroso y, sobresaltado, se asomó a la ventana. No estaba el "Pobre Meri", no podía dar crédito a lo que veían sus ojos.

Los frotó, incapaz de creerlo: se lo habían llevado! Maldita pesadilla!... Le agarraron por detrás, se abalanzaron sobre él, sujetando su cabeza, restregándole la barba con sus brazos tiernos... Papá, ha vuelto, ha vuelto! La Mami sonreía con los brazos a horcajarras y los pequeños encaramados a su espalda le daban la bienvenida entre gritos para terminar de despertarle. Volvió a asomarse, inquieto, pero el "Pobre Meri" seguía estando allí, donde antes parecía haber desaparecido.

Bajó al camión y abrió las puertas para inspeccionarlo, revisó cada rincón, cada detalle. En el asiento del copiloto descansaba una varita con una estrella verde... Los niños chillaban... ¡"Pobre Meri" ha vuelto! ¡Ha vuelto "Pobre Meri"!



## UNA CAMA ESPECIAL

De regreso al hogar, ya antes de enfilarse la suave pendiente de la pista polvorienta que asciende al rellano donde descansa la casa, se puede oler el perfume de hayas y tilos. Los salces y robles bordean el estrecho paseo que sigue el curso del río, con sus hileras ordenadas custodiando cada orilla. Es entonces cuando el fresco aroma de la vegetación tupida se apodera de uno y, de verdad, siento que llego a casa. Por eso mantengo la casa del pueblo de mis padres, ahí me crié y no podría soportar la idea de vivir alejado de estas fragancias que tantos recuerdos entrañan para mí.

Dentro, nada más traspasar el umbral de la entrada, el lenguaje sobrio y austero de la madera nos cuenta historias, fábulas, nanas sin edad, donde el tiempo no es que se haya detenido sino que paró cómodo a descansar. La piedra y la madera le dan el sello rústico inconfundible que poseen las casas de montaña. Allí vivieron mis padres y aún conservo su dormitorio original, con su armario artesano y el comodín también tallado a mano, con su espejo y palangana azul de porcelana y su cama de nogal, solemne y seria. Sí, la conservo tal cual ellos mismos la dejaron, quizás por el respeto que supone una tan íntima añoranza, aunque tal vez influya el hecho de que en ella yo mismo viniera a este mundo. Es curioso, antes me parecía más grande, pero hoy soy yo el que va tomando las medidas justas del tiempo pasado.

En especial hoy he reflexionado sobre estos y otros detalles, sobre todo desde que Olga ya sabe que lo que trae son mellizos. Era la alegría que necesitaba esta casa para resucitar el duende que la sostiene. No puedo dejar de esbozar una ligera sonrisa al imaginar a los chiquillos correr y saltar, jugando en el pasillo o en la gran sala. Además, la huerta y el jardín constituyen el marco inmejorable para que crezcan en un medio natural, sanos y felices. La escuela, apenas a un par de kilómetros nos permite permanecer inmersos en el sosiego del bosque sin quedar demasiado aislados del contacto con la población.

Sin embargo, las nuevas circunstancias obligan a remodelar algunos aspectos de la casa, es necesario reacondicionar la habitación de mis padres como cuarto de los niños. Por un momento, sentado en el lecho

de mis padres, me siento apenado por el rumbo inhóspito que la vida depara a su paso, no existe amparo o tregua ni santuario perenne donde la memoria perviva, solo su devenir inmediato. Mañana es preciso llevarse la cama y desalojar el cuarto, el tiempo no espera.

Los niños han crecido, crecen y siguen creciendo casi tanto como los abedules y fresnos del camino que conduce a la fuente, como el poblado de encinas en el monte, tan altos y fuertes como los esbeltos eucaliptos y los abetos. Ahora que marcharon lejos empujados por la savia que corre en sus propias venas, sobra mucho tiempo que dedicarles para que no se enmarañe la maleza del olvido. Quizás un día regresen a su nido, al paisaje de la infancia que dejaron atrás y, en cualquier caso, siempre tendrían allí su sitio.

Algunas tardes, aunque últimamente con más frecuencia, voy paseando más allá del cerro, para subir hasta la peña y adentrarme en el bosque, monte adentro, allí, entre la hojarasca que siembra el otoño para borrar sus senderos secretos, me siento durante horas a observar la cama, entre los árboles, donde la espesura oculta las cumbres y teje un manto de hojas al cielo. En la frondosidad del bosque, la cama de mis padres descansa, plácida y señorial, custodiada por ejércitos de acebos que velan su sueño, tan solo interrumpido de vez en cuando por el canto apagado de un búho distraído...

## PURO MIEDO

No, no era pereza aquello que le atenazaba, impidiendo mover un brazo o una pierna. Era hombre de costumbres forjadas a base de constancia y empeño, “de pocos a pocos” como le oyó decir a su padre, también marinero. Tampoco se le podía llamar desidia a esa especie de indiferencia atroz, sobre todo ahora que era capaz de valorar el costoso precio de la experiencia, fruto de tantas jornadas de enconado esfuerzo. Resultaba entonces ridículo mostrar un gesto de congratulación y regalar el problema ya resuelto, adelantándose al final, como si nuestra generosidad quisiera hacerse merecedora de una medalla por su gesto heroico. No, no era petulancia ni falsa arrogancia, al contrario, habría tirado por la borda todas las condecoraciones si hubiera sido ese el remedio. Todavía le quedaba sino mucho, al menos, lo mejor por navegar, se lo había venido repitiendo durante todos estos años, cada vez que atravesaba aquel estrecho en la ruta transoceánica, al mando del ferry que a fuerza precisamente de método y disciplina se había transformado en su único hogar.

Desde la infancia se alimentó y nutrió del mar. Aún rememora con regocijo el día en que pudo mostrar a su padre el título de capitán que con tanto ahínco trabajó para ganarlo a pulso. Fue el sueño de su padre, modesto pescador en los caladeros del norte y ahora, a sus cincuenta y seis años, era su vida. No había hecho otra cosa que pilotar y navegar, recorrer rumbos y aprender para navegar mejor. En la actual compañía trasatlántica encontró sitio permanente durante los últimos diez años y, a estas alturas, solo le quedaba esperar, aguantar algunos años más haciendo lo que era suyo y le gustaba hacer, navegar, cruzar aquel estrecho que conocía palmo a palmo.

Realizaba una ruta preconcebida que poco variaba en su recorrido largo, pero no exento de mil encantos. El Capitán era un ferviente enamorado de aquella costa incomparable, casi amaba hasta la brisa gélida que en ocasiones soplaba al atardecer; entonces, salía a cubierta y dejaba que el viento jugara con los bucles de su cabello canoso. Sí, le gustaba esa sensación en su rostro curtido. Pero aquella tarde estaba raro, ni siquiera salió al puente de mando a otear el cielo, sobre todo porque antes, mucho antes de siquiera haber entrado al estrecho aquel iceberg disperso dio al traste con la ruta de las ilusiones. Antes, habían

reconocido otras dos grandes moles de hielo flotante, aunque alejadas y, con cautela, siguieron evolucionando adelante. Pero aquel minúsculo trozo aislado tuvo la suficiente habilidad para pasar desapercibido al radar y rajar limpiamente el casco del barco.

No era desilusión, no. Tampoco podía llamársele así al embargo aquel de fuerzas que a medida que le abandonaban más fuertemente le hacían aferrarse al pasamanos helado del puente de mando. Mientras, el agua entraba por la herida abierta en el costado y, a borbotones, su peso sumergía al barco. Los acantilados estaban cerca y algunos de los botes neumáticos regresaban al buque una vez depositaban su cargamento de tripulantes a salvo en la costa. Tampoco podría decirse que fuera egoísmo o falta de solidaridad, pues aunque padeció avatares y tormentas de las que alardear entre los nietos de sus amigos, también había disfrutado hasta entonces del mero placer de estar en cubierta y compartir marinería como una persona más.

Aquella maldita tarde tomó un rumbo distinto y nuevo que no figuraba en sus cartas de navegación. Y tampoco era engreimiento, no, no era eso. La última lección era la más dura de aprender y, en el fondo, casi se reprochaba a sí mismo su fatal confianza. Ensimismado en sus reproches, rígido e inmóvil, desde la baranda del puente aún pudo escuchar los gritos enérgicos y desesperados que desde las lanchas le proferían...

-Ahora, Capitán! Ahora es el momento, ahora...

Entonces saltó, como impulsado por un resorte invisible. Cayó blando en la zodiac que le aguardaba, pues él era el último... Saltó justo a tiempo para que a los pocos segundos de haberse alejado lograran evitar el torbellino de agua que engullía finalmente a la nave hacia las profundidades. Los de la patrulla le observaron, callado e impassible, podían comprender presumiblemente su estado de ánimo. Aquello tampoco era cobardía, no. Solo quienes nacieron a bordo de un pesquero en una pequeña población de puerto de mar –también se lo oyó decir siempre a su padre-, solo ellos podían permitirse tener miedo...

## EL LAZO EN LA CAÑA

Margari Noiz destacó siempre, incluso desde niña, su madre se encargó de ensalzar con una enorme lazada blanca su negra cabellera no bien hubo tenido la suficiente cantidad para recogerlo arriba y, después, a ambos lados en dos pobladas y hermosas coletas. De entre todos, era inconfundible y reconocible por sus cuidados lazos blancos de adolescente que siguieron acompañándole en sus años de juventud, realzando su figura esbelta que tan elegantemente contoneaba. Así, Margari creció en el seno de una familia también destacada, sino adinerada al menos distinguida por la riqueza que su padre, capataz de la antigua plantación de bambú, supo recolectar a base de esfuerzo y continuada dedicación.

Sin embargo, son los caminos del amor insospechados desde sus comienzos y, así, la joven vino a enamorarse del muchacho aquel que trabajaba en el cañaveral, junto a la gran playa, de aspecto tosco, semisalvaje, rudo y ágil, pero de suave tez oscura y profundos ojos de miel. Nunca se olvida la primera vez. Margari entró en la plantación, al caer la tarde, siguiendo las huellas de terciopelo del bello muchacho que la llevaba de la mano. Entre las cabañas, en la de los aperos, allí, él fue desnudándola con calma... Tan solo la dejó vestida con aquel gran lazo blanco que ceñía la larga melena de lacio cabello negro que resbalaba por su espalda, para amarla. Margari conoció el sabor cálido de la piel amada y, así, estremecida en temblor de tiernas caricias, se durmió entre sus brazos, abrazada al salvaje amor, al único capaz de haber conquistado sin rendición su corazón temprano. En ese mismo candor de los cuerpos recién estrenados al amor fue donde se despertó al impresionante espectáculo que se extendía ante sus ojos... Toda la orilla de la playa estaba sembrada de cañas de bambú y, cada una, con un lazo blanco que el viento hacía ondear en armoniosa danza. El regalo de amor que aquel muchacho le dedicó siempre lo recordaría, incluso más tarde, después de que su primer amor marchara y desapareciera para siempre.

También alcanzó la pintora Margari Noiz un lugar destacado en el correr de los años. La firma de la artista adquirió prestigio y renombre; paseó sus obras por variadas y diversas galerías a lo largo de medio mundo. No obstante, regresó a la playa, prefirió escoger la solitaria

compañía de aquella orilla que tantos recuerdos entrañables escondía para ella. Allí erigió su casa, a pie de playa, y desde el porche de su amplia terraza, cuyos pilares descansaban en la misma arena que pisó de pequeña, podía contemplar y entablar estrecha comunión con su playa de ensueños. Sobre todo ahora, cuando se apunta el final para dejar adivinarse, cuando había dejado a un lado los pinceles, debido a una artritis degenerativa que le impedía sostener otro objeto que no fuera el bastón de bambú sobre el que torpemente se apoyaba para moverse. No perdonaba, sin embargo, su paseo marítimo al borde de las olas, aunque tanta playa ahora le sobraba para recorrer en toda su extensión sino con la memoria.

Esta mañana, sin embargo, Margari se ha tropezado en la orilla con una viva sorpresa, un reaparecido recuerdo que, asustada, le ha sobrecogido hasta conseguir inquietarle... Clavada en la arena de la orilla y bañada por las últimas olas moribundas, una caña de bambú, enhiesta y arrogante, otea el horizonte, adornada con un gran lazo blanco que la suave brisa marina vapulea... Le ha parecido escuchar al viento una canción olvidada y, sin sobreponerse, ha regresado hacia el porche de su casa, aunque a duras penas, ansiosa y jadeante.

Hoy leí la noticia en la prensa y me trajo el recuerdo de la historia que mi viejo compañero de viajes me contó en una de nuestras travesías oceánicas, en los buenos tiempos, cuando la juventud navegaba con su propia vela. La foto de la recién fallecida pintora que venía en el periódico me hizo pensar que aún podía haber durado algunos años más. La encontraron sentada en el porche de su casa en la playa, con la boca y los ojos abiertos, rígida. Mi viejo amigo de correrías me aseguró haberla llegado a conocer y, no quise entonces creerle, pero me confesó incluso haberla enamorado. Recuerdo vivamente su imagen, intrépida y aventurera; él sí que fue un viajero impenitente. Me pregunto qué habrá sido de su vida ahora que los años se han ido amontonado...

Doblé el periódico bajo el brazo y me incorporé del entumecido banco del jardín para regresar de vuelta al asilo. La tarde iba cayendo, implacable.

## EL CUADRO

A lo largo de mi azarosa existencia he podido conocer los más variados paisajes y, lejos de sentirme utilizado, ahora reconozco la riqueza y privilegio que ha supuesto distinguir el semblante de quien tenía enfrente. Añoro los primeros tiempos, aquellas tardes de buhardilla entre tanto lienzo amontonado, los primeros colores, manchas tímidas de aventurero trazo. Eran los comienzos. Uno podía ya permanecer eternamente condenado a quedarse reducido a un boceto o, por el contrario, convertirse en un suceder de bocetos ininterrumpido. Tuve suerte de las manos en que caí y hasta donde he llegado. Esta vez el viaje ha sido muy largo, pero algo me dice que posiblemente aquí perdure con carácter indefinido, a juzgar por el modo que tienen de observarme.

Digo que mi vida es un privilegio porque nunca acabo de aprender lo extensa que llega a ser la gama de las emociones humanas. El rostro más afable puede transformarse en gesto soez, despreciable. Y, sin embargo, quien parecía distraído de pronto se desata en exacerbados elogios... El cobalto profundo del oleaje, la policroma textura de las rocas, parcheadas, sobre el cielo diáfano, difuminado de grises limpios... Otros callan, solo miran. Estos son con quienes puedo hablar, son los interlocutores. Aún recuerdo la viva impresión que dejó en mí grabada mi primer interlocutor; siempre se le recuerda después de que ha desaparecido.

Pero hoy ha sido una jornada distinta, insólita para mí. Se ha formado un gran revuelo en la sala principal y luego, en los pasillos, la gente ha circulado con prisas y desconcierto. Los guardas de seguridad han llegado dispuestos a alejar de las obras al pájaro que, quizás equivocado, vino a parar al museo. Al final consiguieron sacarlo de la estancia y todo ha vuelto a la rutinaria calma familiar. Quizás demasiado rutinaria ahora que otra mirada se posó en mí... El ave me miró, cierto, me contempló con sus ojos de pájaro, verdaderos. Pude notar sus alas golpeando la tela del lienzo, de suave roce, como el mejor de los pinceles. El ave buscaba salir, una ventana, una escapatoria y su batir de alas, intenso, me estremeció, me habló del mar y del cielo, del bosque en la montaña, de pájaros que vuelan...





II PARTE

DESDE EL JARDÍN



## LA CHICA DE LA PLAYA

*“Pero sabía que más allá del muro oscuro  
los esperaba un paraíso”.*  
Jhon Updike.

El sol alcanzaba su punto álgido en la mañana y la playa se había transformado en un hervidero de gentes que se tostaban concienzudamente, como si ello formara parte obligada del programa estival de sus vacaciones en la costa. No estaba dispuesto a dejar que la rutina ni tampoco la muchedumbre le aguaran la vacación, así que escogió aquel espolón apartado en un extremo de la playa, donde las piedras convivían en abundancia con la arena haciendo desistir al resto de los turistas de frecuentar aquella incómoda orilla.

Extendió la toalla apartando algunas de las piedras y, desprovisto del bañador, se dispuso a conseguir un vistoso bronceado con el que alardear entre sus compañeros a la vuelta al trabajo. Le llamó la atención aquella chica rubia que también se colocaba allí, justo en el límite donde comenzaban las piedras. En los cinco días que venía acercándose a la playa, ella había mantenido idéntica costumbre en el mismo lugar. No traía toalla, se sentaba sobre la arena y amontonaba una pila de piedras sobre las que posaba el libro que durante toda la mañana se afanaba en leer. Luego, se quitaba la parte de arriba de su minúsculo tanga blanco, antes de darse una zambullida en el mar. Su figura esbelta se abría paso entre los reflejos dorados del sol que destelleaban en el agua, mientras nadaba entre las partículas multicolores del espejo marino.

-Vaya hermosura! Parece una sirena... -pensó.

Después de coincidir tantos días en la misma playa podría afirmarse que se había creado cierta familiaridad de cercanía. Cuando ella regresaba de la orilla hacia el montón de piedras donde aguardaban su libro y su mochila, un reguero de gotas de agua brillantes dibujaba filigranas en su piel de oro. Su rostro era bello y, esta vez, volvió la cabeza hacia él y sonrió, natural; se sacudió el cabello y, distendida, volvió a sentarse en la arena, ahora de espaldas al libro, observando el cielo con los ojos cerrados, decidida a secarse.

Sabía que después acabaría por vestirse, recoger el libro en su mochila y alejarse hacia el paseo que bordeaba la playa. Por eso, para

adelantarse, hoy se había propuesto provocar la conversación y, tratando de evitar imprevistos, optó por volver a ponerse el bañador. Sin embargo, de súbito, la muchacha comenzó a saludar con el brazo en alto a alguien que desde el paseo le correspondía el saludo. Después de recoger sus cosas, en un momento, ambas chicas desaparecían entre la gente por el paseo.

Al día siguiente lamentó perder la oportunidad de volver a intentarlo de nuevo, ya que la excursión planeada a Los lagos y la posterior cena en el Gran Casino así se lo impidieron. El viaje a los lagos resultó interesante, aunque pesado, casi tortuoso, debido a los altibajos del terreno durante el largo trayecto. Además, el calor tórrido se adueñó de todos los ocupantes del autobús y ya no les abandonó ni durante la cena de gala. Sofocado y sudoroso, prefirió retirarse antes sin importarle no asistir a la tan anunciada actuación del Ballet Nacional, por lo que salió fuera a la busca de un taxi que no parecía atreverse a aparecer. El aire, ahora más fresco de la noche, calmó la agobiante sensación de cansancio y caminó, tranquilo. Pudo reconocer al final de la ancha avenida el paseo de la playa que llevaba al hotel, así que se animó con la idea de regresar a pie por el borde de la playa.

Ya casi podía vislumbrar la zona de la playa sombreada de piedras donde se apostaba por las mañanas. El sonido de las olas que rompían en la orilla le refrescaba y aminoró el paso para disfrutarlo. Le pareció observar una sombra más oscura en el mismo lugar donde acudía la muchacha rubia y se esforzó en escudriñar en la oscuridad hasta que la vista pareció acomodarse y pudo distinguir la espuma de las olas, las piedras apiladas y alguien sentado allí, en la arena de la playa... Se paró frente a ella, apoyado en la barandilla del paseo. Sí, la chica de la playa estaba allí, frente al oleaje sonoro en medio de la noche estrellada. Al poco, ella se percató de su presencia y, volviéndose hacia él, movida por un resorte invisible, le hizo un gesto con el brazo. Cuando él se acercó, ella le recibió con una sonrisa al sentarse a su lado...

-Un poco tarde para tomar el sol, ¿no? -le preguntó, iniciando la charla.

-Este es el mejor sitio, siempre vengo aquí. A ti también te gusta, ¿eh?...

Le pareció sublime, encantadora, además de bella. Se explicaba con soltura, allí, sola en la playa, sus palabras fluían con confianza y naturalidad. Le habló de ella, de la isla, de los parajes insospechados que no conocen los turistas. Su voz invitaba a dejarse escuchar suave,

dulce. El tono sensual de sus palabras le envolvió, cautivándole. Podía sentir su respiración acompasada junto a su rostro y sus hombros se tocaban en leve roce, sentados allí, solos en la playa. Incluso en los silencios, se dejaban conquistar por el susurro melodioso del cómplice oleaje.

El le contó de su viaje, apenas dos días aún para concluir sus vacaciones y, en verdad que lo lamentaba, pues ahora que la descubría a ella, al final, era cuando tenía que marchar. Ella escuchaba con sus ojos, casi acariciaba con ellos y, en actitud cariñosa, le prometió regalarle algún recuerdo inolvidable. Le calló la boca con un beso y, a partir de ahí, fueron las manos las que comenzaron a hablar... El roce de los cuerpos al conocerse se fundió entre rumores de olas y arena.

Amanecieron así en su sitio de la playa, tras una noche de olas y cuerpos abrazados. Aquel su último día en la isla fue único, el mejor, tan intenso que no logró evitar en años sucesivos regresar junto a ella, siempre que tuvo ocasión.

Luego, el tiempo transcurrió al igual para todos. Hoy ya quedó viudo, sus hijos crecieron y se jubiló. Su cabello se tornó canoso, el rostro ajado y sus manos arrugadas, pero regresa ávido de emoción a la playa, junto a ella, para sentir su tacto de piel de arena y los jadeos del mar...

## UNA DE DOS

Aquel año se había propuesto disfrutar de unas vacaciones diferentes. Hacía tiempo que venía acariciando la idea sin decidirse nunca del todo y ahora, una de dos, o se quedaba sin aventura o, de una vez por todas, ponía en marcha el proyecto. Partió con su furgoneta dirección a la costa del sur con la intención de recorrer todo el litoral, se trataba sin duda de un periplo curioso e improvisado, sin ataduras y con el firme propósito de no planear nada con antelación. La aventura iba ya por su segundo día y atravesaba la concurrida ciudad de Stroôm, paso obligado para alcanzar el hermoso tramo costero que conduce a Port Palmer, antigua población pesquera famosa también por su aguardiente. Precisamente mañana se celebraba la fiesta del exquisito licor y pretendía llegar allí antes que anocheciera.

Aliviado, terminó de salir del atasco en hora punta de aquella ciudad y tomó la carretera comarcal que se desviaba hacia el mar. En el siguiente cruce, le pareció reconocer el rostro de la muchacha que aguardaba junto a la señal de tráfico. Continuó algunos metros más adelante, antes de dar la vuelta para comprobar detenidamente si se trataba de verdad de la misma chica que él conocía. Efectivamente, al pasar de nuevo lento a su lado distinguió el lunar inconfundible de su pómulo izquierdo y detuvo su furgoneta, al tiempo que la muchacha se acercaba a la ventanilla.

-Sí, voy hacia Port Palmer. Si quieres venir, te llevo... -respondió a la chica al mismo tiempo que levantaba las gafas de sol descubriendo el rostro.

Al reconocerle, a la joven le brillaron los ojos y, alegrándose por la sorpresa, tomó asiento a su lado mientras no dejaba de lanzarle un repertorio continuo de preguntas. Se conocían de los años del Instituto, incluso llegaron a tener un escarceo sentimental sin éxito y, más tarde, con la incorporación a la universidad siguieron destinos distintos. Le contó lo de su reciente trabajo estrenado como profesor de Biología y del proyecto solitario de sus vacaciones. Carla no podía salir del asombro, de tanta casualidad, precisamente allí, en aquel cruce de carretera dirección a casa de su amiga en Port Palmer para celebrar mañana su cumpleaños. Ella siempre fue un tanto maniática para explicar o querer entender ciertas coincidencias o situaciones y, sin

tapujos, se propuso que había que celebrar aquel inesperado encuentro con un especial acontecimiento. Al fin y al cabo ya se conocían, en un tiempo incluso intentaron llegar a más. La proposición no pudo menos que sorprenderle, aunque lo disimuló, aceptando de buen grado la sugerente invitación.

-No has cambiado nada, Carla!...

El bosque que iban dejando a un lado del arcén le pareció el lugar idóneo para la ocasión y por qué dejarlo para más tarde... Una proposición tan atractiva se debe atender de inmediato. Abandonó el carril y, despacio, entró en la zona arbolada, adentrándose hasta el sitio mejor alejado para celebrar su euforia contenida y no ser molestados. Allí, entre la espesura del bosque rememoraron antiguas caricias olvidadas con ímpetus nuevos. El flirteo inicial dio paso pronto a mayores en la parte trasera de la furgoneta que se mecía con un ligero vaivén, provocado por el inquieto embiste de dos pasiones encontradas.

Ya caía la tarde cuando entraban en Port Palmer, después de una prolongada y satisfactoria sobremesa. La amiga de Carla esperaba a la entrada de la casa y saludaba sin poder ocultar su innegable acento, propio del dialecto de la comarca costera. Ingrid también era rubia, más incluso que su antigua novia y, al presentarle, insistió con amabilidad para que se quedara y asistiera a su fiesta del día siguiente. La verdad es que no le ayudó la excusa de que iba a continuar viaje, pues pensaba asistir a la fiesta del aguardiente, pero aquella imprevista invitación en el mismo lugar y en el mismo día le dejaba atrapado en una contradicción demasiado evidente, así que sin poder negarse aceptó quedarse solo por una jornada.

La fiesta del aguardiente comenzó aquella misma noche y durante la mañana siguiente continuaron los festejos, entre fuegos de artificio, concursos, bailes y degustaciones interminables del embriagante licor. A media tarde, Carla e Ingrid le aconsejaron bajar al salón principal de la gran casa y, a ser posible, con traje de gala. Se trataba de una fiesta muy especial, su cumpleaños coincidía con la fiesta mayor del pueblo y, en una especie de tradición establecida, se acostumbraba a celebrar aquella otra fiesta paralela, curiosa mezcla de disfraces y trajes regionales.

Llevaba esperando un rato en el salón principal y ya había llegado un número considerable de animados invitados, la mayoría engalanados de los más variopintos disfraces, divertidos, extravagantes, inauditos algunos de ellos. Las risas crecían en volumen elevando el tono festivo

del salón que parecía quedarse pequeño ante la constante avalancha de gente que no cesaba en llegar. No llevaba en el equipaje de aquellas vacaciones ningún frac ni traje de gala, pero su americana de diario y aquella corbata multicolor daban el contrapunto ideal para cumplir el requisito previsto. Se alegró del acertado consejo de las chicas, pues así pudieron reconocerse entre aquel loco carnaval de estrafalarios adornos. Ellas estaban elegantes, preciosas, embutidas en sus vestidos de princesas orientales.

La música no le dejaba oír las palabras de Ingrid y se dejó llevar de la mano escaleras arriba. Al cerrar la puerta de la habitación, Ingrid se pegó a su cuerpo y, sobrecogido por la pregunta, se estremeció al sentir sus palabras resbalarle por el cuello erizándole cada centímetro de piel.

-Carla me aseguró que eres una joya única, ¿me dejas probarlo?...

Con dos rápidos movimientos de sus dedos se despojó del traje de fiesta y, desnuda entera, se abrazó a él, solícita. Sin despegarse, unidos, se acercaron a la cama y cayeron abrazados, enzarzados en la ardua tarea de explorarse con deleite, ajenos a ninguna otra fiesta que no fuera la suya.

La fiesta debió continuar hasta altas horas, aunque para él pasó desapercibida el resto de la madrugada, había tenido su fiesta particular y se felicitaba por ello. Cayó dormido con tanto trajín, con la mente puesta en la carretera del día siguiente, las emociones por el momento habían resultado intensas. Sin embargo, antes que amaneciera del todo notó el cuerpo de Carla que se acostaba a su lado, sin ropas, jugueteando con su cuerpo, entumecido aún de la noche pasada. La fiesta no parecía haber acabado para él, pues Ingrid se acostó al otro lado y entre las dos mujeres consiguieron enderezar de nuevo la alegría de su cuerpo, que despertó del todo. Fue una despedida apoteósica, una esperanzadora inyección de vitalidad. No siempre concurren circunstancias parecidas, pero al menos a él ya le había ocurrido.

Prosiguió el viaje por la costa en la mañana gris de brisa fresca, agradecida, frente al calor de días atrás. También atrás quedaron las chicas, sus entrañables momentos compartidos. Le asaltó la tentación de permanecer allí junto a ellas, pero una de dos, o proseguía solo adelante con su aventura o se arriesgaba a malgastar la experiencia. Sin duda, lamentaría tiempo después repetir una ocasión tan especialmente señalada, pero tardaría en borrar el grato recuerdo del sabor nuevo de aquella primera vez. La carretera sinuosa se retorció



persiguiendo las curvas a lo largo de la playa, pero él estaba en otra cosa, no atendía al paisaje.

## LA MAGA

La llamaban la Maga porque era capaz de resucitar a un muerto. La fama de sus encantos le valió traspasar la frontera de la leyenda.

-Si alguna vez pasamos por Villa Farbar no podemos perdernos el espectáculo de la Maga! Es genial... -bromeaban sus compañeros, entre risas y chascarreos.

Desde que había comenzado la copromoción con la otra empresa su trabajo entró en una etapa de colaboración, donde el contacto con sus compañeros era de cumplimiento obligado para que aquella labor de equipo que se perseguía lograra los frutos previamente planificados. Las reuniones de trabajo se sucedían cada semana, aunque si la importancia de la gestión lo requería podían realizarse en el mismo día. En otras ocasiones, se trasladaban a diferentes lugares o ciudades de su zona de trabajo para tratar los temas prioritarios y las medidas a tomar. Ni que decir tiene que esta estrecha comunicación entre los delegados comerciales creaba aún más posibilidades de conocerse, incluso de respetarse, pues los gustos y preferencias obedecían a caracteres subjetivos y diferentes. La clave consistía en equilibrar situaciones, pues si el trabajo era lo importante, no se podía ni debía transgredirse el área en lo personal. Al menos así lo consideraba él, para quien lo mejor de su profesión radicaba en el conocimiento de las relaciones interpersonales y, de ahí, que lo considerara un tema delicado.

Para él, sin embargo, aquel año fue delicado en exceso. Su esposa había fallecido en accidente y, con los hijos crecidos, el trabajo se convirtió en una herramienta de escape al permitirle descargar su tristeza y concentrar sus expectativas en nuevos anhelos. Todo era muy reciente y le costaría esfuerzo sobreponerse a la nueva situación. No obstante, siguió fiel a su carácter tranquilo y familiar. Nunca participó en las aventuras de sus compañeros, pero los respetaba. Comprendía aquellos deslices en los Clubes de alterne, las ganas de divertirse y disfrutar, aunque él siempre se conformó con pasarlo bien de otro modo. Los compañeros también le conocían y no se entrometían en sus particularidades, pues en lo profesional también le avalaba su seriedad. Además, era un buen compañero.

La reunión semestral aquella vez se celebró en Villa Farbar y, después de toda una jornada dedicada a resolver los asuntos que les convocaban, llegó el momento esperado de la noche para tratar de distraerse con otras diversiones más placenteras, pues no siempre se iba a estar pensando en lo mismo. Al acabar de cenar se dirigieron a la Sala de la Maga, el renombrado espectáculo en directo prometía una noche de verdadero disfrute. Él los dejó marchar y, como en tantas otras ocasiones, entró al hotel, allí, en su habitación se puso cómodo y cambió de una a otra cadena del televisor sin encontrar nada de su interés. Intentó leer algún capítulo más del libro que le acompañaba en los viajes y, por fin, se dispuso a descansar. Sin embargo, el sueño no hacía acto de presencia, casi que auguraba la típica noche de difícil arreglo. El recuerdo reciente de su esposa aumentaba su peso en la soledad del dormitorio y, entonces, la sobrecarga le desvelaba. Se incorporó de nuevo y, volviendo a vestirse, bien abrigado, salió a la calle. Villa Farbar es una población en creciente desarrollo, pero a esas horas la animación estaba en otros lugares. Le vendría bien tomar el aire fresco de la noche paseando las calles vacías y, así, caminó sin dirección previa, tan solo pretendía atraer el cansancio necesario para después dormir mejor.

Al dar la vuelta a la manzana, en mitad de un paso cebra, una elegante limusina descansaba con sus luces de alarma intermitentes, mientras una igualmente distinguida señora intentaba recambiar el neumático averiado sin terminar de localizar las herramientas. Pareció suspirar de alivio al apercibirse de que alguien venía en su ayuda, llevaba allí media hora sin que nadie apareciera ni siquiera para poder preguntar por dónde debía de empezar. Así que acogió con entusiasmo la voluntaria iniciativa del solitario transeúnte. A él le llevó trabajo maniobrar aquel enorme y largo vehículo, pero al final consiguió reponer la rueda pinchada. Al acabar, le aconsejó llevar al día siguiente el neumático afectado a un taller para que ciertamente se cerciorara de que quedaba bien reparado. Ella le escuchó atenta, aunque ya tenía pensado el detalle de su agradecimiento y, lo sabía, descubrió en él a un hombre bueno. Casi le empujó al asiento trasero de la limusina y cayó sobre él...

-Gracias, cariño, gracias. Yo sé lo que necesitas, pero debes dejarte ayudar...

Le sorprendió lo inverosímil de tal situación, pero ella era una fiera de mil brazos, eso sí, certeramente expertos. Le oprimía con el peso de su cuerpo, impidiéndole levantarse y, con ataques constantes de besos,

le tapaba la boca, mientras iba despojándole con rapidez del abrigo y de los pantalones... Aquello era algo increíble, imposible pedir explicaciones o disculparse, ella llevó la voz cantante y finalmente, derrotado, cejó de oponer resistencia, sobre todo cuando aquellas partes tan sensibles se entregaron a tan sutil caricia. Aprovechó la imposibilidad de huir para entregarse con empeño a la obra iniciada y, uno con otro, acabaron por lograr exhalar gemidos de agradecimiento entre suspiros de apasionado esfuerzo.

-Hasta siempre, cariño!... Gracias.

La limusina se alejó por la oscuridad de las calles hasta perderse en un horizonte de semáforos despiertos. Envuelto en su abrigo, se atusó el bigote y se dirigió andando a su hotel. Ahora el cansancio hacía mella en él y necesitaba asimilar la naturaleza de lo ocurrido, todo tan repentino e intenso. Desde luego, ni una palabra de esto a sus compañeros, les defraudaría o tal vez le tomarían por embustero.

En la sobremesa de la jornada siguiente, cuando los demás bromeaban acerca de la juerga pasada en la noche anterior, permaneció más callado que de costumbre y solo reaccionó cuando uno de los compañeros señaló en el folletín de la Sala de la Maga a las distintas vedettes que conocieron en vivo durante el espectáculo. El compañero mostró la imagen de la Maga, señalando con su dedo una foto grande de medio cuerpo que le hizo estremecer... Era la misma señora a la que cambió la rueda, la misma que le amó con tanto frenesí...

-Es la Maga! -comentaban entre sí los compañeros.

-Es un lujo para nuestro alcance... ¿Sabeis lo que dicen que cuesta por un día entero...?

-Sí, sí. Creo que no admite por horas, ni siquiera una noche. Es un lujo, demasiado...

De regreso a casa, finalizada la reunión, al quedarse a solas, le entraron ganas de cantar, de chillar... Era extraño, pero se sentía bien, feliz. Era como si una nube oscura y pesada hubiera desaparecido y, en cambio, una brisa ligera viniera a resucitar un frescor de tardes recuperadas.

## EN EL DESVÁN

Bien pudo haber dicho que no, pero una mujer excitada es como un huracán al borde del desenfreno, no entiende de razones... Así es que, su rostro como poseído iba obligándole, acaparando su terreno y, sin escapatoria, iba cediendo, rindiéndose a su impulso tan vital. Así se lo pedía. Su sexo se mostró abierto, accesible a la caricia, suave. Su piel tersa, el vello del pubis erizado de desbordada avidez, de ganas contenidas y, ahora, dispuesto a dejarse vencer, enloquecer de placer si fuera preciso. Continuó apretando sus voluptuosas formas con más caricias. El olor bravío de su sexo también le excitaba, húmedo, como un atractivo perfume que embriagaba su ser...

La relación con ella ahora había adquirido un derrotero insospechado y, en cualquier caso, el paso ya estaba dado. Cuando aquella tarde ella vino al desván de La Granja lo hizo con toda la más premeditada intención.

Ella había nacido allí, aún vivía en el rancho con su padre, un viejo granjero cuyas fincas colindaban con su hacienda. Gracias a sus influencias entre las autoridades, había conseguido realizar las estratagemas pertinentes para que la finca del viejo granjero fuera expropiada. Si algo realzaba el valor de aquella finca, aunque inferior en hectáreas a la suya, era el manantial que brotaba allí mismo para desembocar tras kilómetros de largo recorrido en el delta del Tier, un estuario de gran riqueza piscícola y floral, ahora reserva protegida. La importancia estratégica del manantial radicaba en el beneficio para todas las tierras que comunicaban al mar y sobre las que ya había comenzado a mover los hilos precisos para atraer hacia sus posesiones. Su familia también llevaba siglos allí y habían ido creciendo a fuerza de trabajo y, si las circunstancias lo requerían, a cualquier precio y sin importar los medios. Por eso, no le sorprendió el enfurecido arrebato de la muchacha del granjero cuando llegó a su despacho para negociar las condiciones del expolio. Incluso, le hizo sonreír su irrefrenable fiereza, tenía agallas la niñita... En las sucesivas ocasiones que volvió le quedó bien claro a la indómita muchacha que de nada le valdrían ni enfados ni súplicas ni sus exagerados intentos por llevar a buen término el trato. La firmeza en la negativa a negociar no dejaba más alternativas que abandonar la finca en el plazo previsto, sin objeciones.

Si el viejo granjero ya no servía apenas para andar y si ella no conocía otro medio para ganarse la vida, desde luego, no era su problema ni podía leerse en la letra pequeña de ningún tipo de pacto.

Al patrón de la hacienda le cansaban más las palabras que las peleas y por eso acostumbraba a descansar con una buena siesta, después de una mañana entera sentado en el despacho atendiendo contrariedades. Le gustaba, siempre lo hacía, tumbarse en el desván, a dormir una cabezadita sobre la hierba empacada, hasta que la llegada del ganado marcaba las tareas de media tarde.

Esa tarde, un caballo galopó como una exhalación entre la nube de polvo que levantaba con su carrera. Al llegar a la Granja, la muchacha saltó con la agilidad de un avezado jinete y a largas zancadas se dirigió directamente hacia el desván del granero. Casi se abalanzó sobre el patrón, si bien antes insinuó sus sugerentes pretensiones utilizando las mejores artes de una mujer joven y atractiva. Al patrón le sorprendió el modo de despertarlo, pero lejos de enfurecerse, aún se rió con las más sonoras carcajadas que le provocaban las constantes tentativas de la beligerante e incansable muchacha.

-Te advierto que ni eso te va servir de nada connmigo, nena...

Ella se puso en pie y, con mirada aviesa, lanzó su sombrero al montón de paja. Se fue desvistiendo con calma contenida, recreándose en cada pieza que amontonaba, desordenadas, entre las pacas de hierba seca. Luego, desnuda entera se tumbó sobre él y le ofreció su cuerpo hermoso, tentador... Se dejó explorar por las manos duras del patrón y, dirigiendo ella la acción, le cabalgó de un salto, salvaje y bruscamente, para de nuevo cambiar a otra posición y, sin dar tregua al descanso, volver de nuevo a cambiar a otra siquiera más excitante, sin parar el ritmo frenético de aquel movimiento perpetuo. No bien encontraban el regocijo de su placer en una postura cómoda, de inmediato ampliaban todo el caudal posible del repertorio para dar con una nueva antes no empleada, así hasta que el patrón notó llegar el fin como una explosión inmensa, de tremenda intensidad, que se liberaba a borbotones de aire, como si faltara el resuello suficiente para atrapar de nuevo la vida...

-Vete, muchacha, es inútil... -acertó a balbucear mientras ella se arreglaba las ropas con rapidez.

La condenada criatura marchó al galope, manejando la montura con una maestría admirable para una mujer. Sí, y bien que le había cabalgado la pícara inocentona... Casi adormilado entre la hierba seca, no consiguió esta vez sonreír al evocar su recuerdo. No lograba

entender por qué hizo aquello si estaba advertida, si ya sabía que no iba a sacar nada.

## ISLA DEL DESEO

Aquel no fue un año fácil, casi incluso que llegó a complicarse en exceso. Porque hay momentos en que la vida parece no ponerse de acuerdo y que envía las desgracias sin orden ni concierto o, al menos, eso le pareció a ella dentro del caos operante en que se encontró envuelta. Lo único bueno pertenecía incluso al pasado año recién finalizado, aquel viaje que ganó en un sorteo de radio y que tan a gusto recibió en un principio, también se vio afectado y sería imposible llevarlo a cabo con su novio de siempre a causa de la inevitable ruptura de sus relaciones sentimentales con que el año dio comienzo. Así que, a la vista de tanta contrariedad ofreció a su compañera de trabajo la plaza vacante del susodicho viaje, condición indispensable para hacerlo realidad. Matilde aceptó de buena gana, aunque sin mostrar en un principio exagerado entusiasmo. Yoli era una buena compañera e, incluso, a causa del viaje cabía la posibilidad de que su amistad fructificara del todo.

Los días de la anterior semana a sus vacaciones pasaron en un soplo entre planes e ilusiones que, sin acabar de establecerse, ya se estaban nuevamente renovando. Ninguna de las dos dejaba nada atrás que les impidiese vislumbrar el horizonte despejado de sus proyectos y, libres del trabajo que antes les atenazaba, por fin llegó el tan ansiado día en que aquel vuelo les llevó hasta la isla de sus proyectos. Ya durante el trayecto que duró casi diez horas, tuvieron ocasión de conversar tocando los más variados temas, desde comentarios personales acerca de algunos cotilleos de moda de la vida cotidiana hasta opiniones más subjetivas aún, relativas a caracteres o sentimientos, incluso mezclando ambos extremos en un batiburrillo de reflexiones que buscaban confrontar modos de ver o pensar y hallar puntos en común que les ayudase a conocerse mejor.

Yolanda le explicó lo de su noviazgo roto, el carácter desordenado del chico, además de su falta de sana ambición. Ella trabajaba desde los dieciocho años y eso marcaba una diferencia notable en otros aspectos donde la realidad del día a día no permitía deslices. Sin embargo, él en vez de proponerse metas que lograr para hacer efectivo el futuro propio en el que convivir junto a ella, se comportaba como un irresponsable muchacho que parece que siempre va a continuar igual.



Yolanda le explicó cómo esa falta de seriedad era lo que más le disgustaba de él, pero Matilde escuchaba distante este tipo de réplicas y reproches en voz alta que su compañera le detallaba, como si no fuera con ella ese talante de abordar los acontecimientos. Para Yolanda fue, de nuevo, tropezar con el obstáculo insalvable que desde que conoció a su amiga se levantó entre ellas, prediciendo un futuro de difícil entendimiento para su amistad. Fue el único tema de conversación donde Mati, como su amiga insistió en que la llamara con confianza, no demostraba afinidad ni criterio alguno, al hablar de la forma de ser o actuar de los hombres. Lo achacó, tal vez, a lo temprano de su relación amistosa, quizás fuera preciso algo más de tiempo para que esa confianza saliera a flote, aunque es raro que entre mujeres eso no se deje notar en el detalle más sutil. Prefirió, no obstante, no darle excesiva importancia y dejar que las vacaciones discurrieran espontáneamente.

Nada más llegar al hotel les esperaba la guía del grupo para señalar unas indicaciones generales sobre la estancia en la isla. Luego, subieron a terminar de colocar sus equipajes en la habitación para después salir a cenar al porche en su primera noche de vacación. Durante la cena la conversación se hizo más esporádica, pues el cansancio del viaje se hacía notar y, además, habían tocado por ese día muchos y variados temas. Yolanda se fijó en el grupo de muchachos que habían llegado posterior a ellas y que, en otra mesa, armaban gran algarabía y jolgorio; algunos de ellos no estaban mal y habían dirigido la mirada a su mesa, pero tuvo reparo en hablar al respecto con Mati. Ella había acariciado la idea de renovar su bagaje emocional con la relación divertida de algún chico y no descartaba la posibilidad de un romance que diera impulso nuevo a su recién estrenada vida afectiva o, al menos, a sus vacaciones. Lamentó no encontrar complicidad con Mati hasta ese punto, pero quizás mañana después de haber descansado, los planes y deseos ocultos afloraran sin cortapisas, pues no resultaba fácil desembarazarse de las obligaciones ni de los hábitos que impone la absorbente rutina.

A la mañana siguiente lució un sol endiablado, imperdonable desperdiciarlo sin tenderse en la playa sin otra preocupación que equilibrar el bronceado y dejarlo bien repartido por cada centímetro de piel de sus castigados cuerpos. Las playas en la isla eran lo suficientemente extensas para que, exceptuando los núcleos de entrada o salida, hubiera amplitud de espacios donde escoger tumbarse con tranquilidad. De cuando en cuando una nativa se acercaba con su cesto

de refrescos y chucherías para ofrecer a los turistas. En una de esas ocasiones, a causa del calor, pidieron un refresco a una ellas, una mujer madura de color que, bajo su vestido blanco, aún resaltaba más el tono oscuro de su piel morena. Recogió afable las monedas y se desató el pañuelo blanco que llevaba a la cabeza para volver a atarlo, firme, de nuevo. Entonces, les preguntó si asistirían esa noche a la fiesta del Gallo Dulce y, ante la sorpresa de sus preguntas, la mujer les contó que habían llegado a la isla precisamente en la celebración de una de sus fiestas más conmemorativas... Se celebraba cada año coincidiendo con las dos noches más cercanas al plenilunio, siempre que las mareas lo permitían, y tenía lugar en la playa que llamaban del Medioeste, desde el acantilado que separa ambas playas. Era tradición en la isla, continuó explicando la señora de blanco, que en esa primera noche los jóvenes se desnuden y bañen así sus cuerpos en la playa; en la del este las muchachas y en la del medio los muchachos. Luego, a la segunda noche, tanto ellas como ellos irán a escoger su pareja sea en una u otra playa.

-A veces se encuentran parejas que duran para siempre... -detalló la nativa.

La señora acabó de relatar la ancestral costumbre de la isla y lamentó que últimamente muchos extranjeros se acercaran a la fiesta solo para fisgonear los cuerpos desnudos, sin ánimo de participar. Finalmente recogió su cesto y abrió mucho los ojos al recomendarles que nadie debería perderse una celebración como aquella, pues sus efectos beneficiosos no tardaban en notarse... “Todo se ve más claro. Suerte!”, dijo al despedirse.

De vuelta al hotel hicieron planes para participar en esa fiesta de la que no hablaban los pasquines publicitarios, al menos, la noche se ofrecía tentadora. En el vestíbulo se cruzaron con el grupo de chicos que cenó la noche anterior junto a ellas, en el porche del hotel, y con ganas de agradar uno de ellos saludó con efusividad...

-Se ha dirigido a ti, Mati,...como si te conociera!

-Trabaja para el Sr. Dylon, de la promotora de nuestra empresa. Es uno de los distribuidores... -Mati lo dijo sin emoción, casi maquinalmente.

Vaya, parecía que la noche, la fiesta o lo que sea, quizás las vacaciones, iban haciendo entrar en materia hasta a las más reacias... Al menos, su amiga, pensó Yolanda, iba rompiendo los hielos que abotargaban su timidez, se había fijado en el chico, algo fría en el

comentario, eso sí, pero al menos algo era algo. Sí, al menos aquella fiesta iba a traer los aires renovados que tanto deseaban.

Se dirigieron al acantilado que separaba las dos playas cuando la luna estaba redonda y clara presidiendo la playa. Abajo se podían distinguir los grupos de chicos y chicas que despojados de toda vestidura bañaban sus cuerpos en el mar. Se desnudaron, se miraron entre risas y, guardando las ropas en el hueco de una de las rocas, descendieron a la playa para sumarse a la fiesta de las mujeres. La temperatura no podía ser más idónea, incluso dentro del agua; la luna con su halo pleno de luz ayudaba en dar calidez a la noche o, también pudiera ser que fuera aquella bebida de los cestos que las muchachas repartían generosamente a todos los participantes. Lo cierto es que la noche transcurrió entre olas, cánticos y licor, hasta que los cuerpos cansados acabaron retirándose casi al mismo tiempo que lo hacía la luna.

Yolanda y Mati se propusieron descansar lo que restaba del día para, también esa otra noche, terminar de asistir al festejo completo. Yolanda estaba decidida a disfrutar de aquella noche prometedor y, sonreía en silencio al pensar en su amiga, ya que esa noche se vería obligada a decidirse y actuar. Cuando llegaron a lo alto del acantilado observaron como hombres y mujeres acudían de una a otra playa buscándose, estableciendo parejas previamente elegidas o improvisadas sobre la marcha. Se desvistieron con impaciencia, guardaron las ropas entre las rocas y, cuando se disponían a descender por el acantilado, Mati le agarró de una brazo deteniendo su marcha. Yolanda miró atrás, inquisitiva...

-¿Qué sucede? Vamos a la fiesta...

Su amiga la miró con fijeza y, ahora, le sujetó también el otro brazo. Luego, le acarició el cabello, dejando resbalar la caricia de su mano por su rostro con suavidad.

-No, no puedo... Me gustas tú...

Las palabras de Mati sonaron como un trueno en la inmensidad de la noche silenciosa, ahora lo explicaban todo, la negativa a mostrar sus sentimientos, su actitud reacia a todo lo referente a los hombres o a razonar la directriz de sus emociones. Sin embargo, el calibre de aquel descubrimiento no le redimía de sus posibles consecuencias. Yolanda se abrazó a ella...

-Te entiendo, también te quiero, pero no... -musitó, tratando de consolar a su amiga.

Así, abrazadas y desnudas, permanecieron una junto a otra en la pendiente del acantilado durante toda la noche, ajenas a la fiesta, firmando el sello de una amistad mucho más duradera de la que ninguna hubiera imaginado. No presenciaron el final de la fiesta, cuando le cortan la cabeza al gallo para echarla al mar entre los gritos eufóricos y desorbitados de todas las parejas y asistentes, pero ni eso les importó; ahora se bastaban ellas mismas.

El resto de los días de sus vacaciones transcurrió rápido, intenso. Ambas se confesaron, examinaron la naturaleza de sus pretensiones con confidencias íntimas, estrechando aún más sus lazos como amigas. De regreso a casa, ambas pudieron constatar el equilibrio milagroso que aquel viaje obró en sus vidas. Algo de cada una, único y exclusivo, se había propagado en la otra, a modo de compensación de lo que carecían. Mati aprendió a valorar el cariño de lo que más puede semejarse a una amistad verdadera, incluso la lección sirvió para encauzar su afectividad, pudo prescindir de la necesidad de contacto sexual con otra mujer y no sentirse indefensa por ello. Para Yolanda la experiencia sufrida vino a reforzar su idea realista de la amistad, le aportó ángulos nuevos e inexplorados de comprensión, quizás algo inusuales o atrevidos para ella, pero no por ello enriquecedores.

La vuelta al trabajo no suele por costumbre acogerse con especial optimismo, casi hasta ellas mismas se sorprendieron. Pero el viaje de sus vidas ya había realizado un giro decisivo. Mati ascendió en su puesto, pasó a las oficinas de la promotora, quizás influída por su recién iniciado noviazgo con el chico que trabajaba como distribuidor para el Sr. Dylon o, quizás, de acuerdo al carácter mágico del viaje aquel que terminó de unirles para siempre. Sin embargo, para Yolanda no dejó de ser un año difícil... El viaje representó un ligero desahogo dentro de su caótico acontecer, pero incluso pertenecía al año anterior. Quizás para las próximas vacaciones, quizás el año próximo se le cumpliera un deseo.

## NO TAN INOCENTE

Había transcurrido casi un año y medio ya desde que llegó allí, dispuesta a encontrar la solución a sus problemas presumiblemente en pocas semanas. Tampoco se ganaba lo suficiente para continuar camino, aunque la cuestión estaba en que no surgía delante camino alguno que emprender. Casa Guillermina era un motel de carretera, remodelado de acuerdo a los nuevos tiempos. La Señora, como llamaban a la patrona, regentaba aquella modesta casa de citas con un reducido grupo de muchachas jóvenes que si antes no desaparecían las iba despidiendo, obligadas a contratos parciales, para así actualizar las posibilidades del negocio.

A ella le había renovado ya una vez, pero se temía que el momento de partir llegaría en breve. En cualquier caso, se trataba de una incómoda incertidumbre. Además, aquella localidad carecía de atractivos alicientes y tampoco ayudaba a la calidad de los visitantes, obligando con demasiada reiteración a tragar con todo tipo de clientes, muchos de ellos intratables de otro modo. El lunes era el día que a ella le tocaba acercarse a la ciudad para hacer la compra de las necesidades de primera mano. Siempre le gustaba asomarse a la estación de trenes y mirar el final de los raíles en el horizonte, le hacía soñar con un destino, desconocido, pero diferente. Aquella tarde apenas dos personas formaban la cola para sacar los billetes. El muchacho que tenía el bolso de mano bajo el brazo esperaba paciente, detrás de la viejecita del pañuelo rojo y, por un instante, abandonó la fila para hacer intención de asomarse al andén. Fue suficiente para que aquella banda de desarrapados críos de barrio aprovechara el descuido y con habilidad se llevaran al vuelo el bolso de mano que había dejado en la repisa de la ventanilla. Ella lo había visto todo, conocía a aquellos ladronzuelos y sabía que después irían a los aseos a desvalijar el botín, se quedarían con el dinero o piezas de valor y el bolso lo tirarían al contenedor. Por eso, se dirigió con decisión a los servicios de la estación y sacó del aseo, agarrado por el cabello, al harapiento muchacho...

-Si no me lo das ahora mismo aviso al policía... -le amenazó.

Después se acercó al muchacho que se lamentaba en el andén de su desgracia y le devolvió su bolso desaparecido. El chico, atónito del

paso tan fugaz de la desgracia a la alegría, se deshizo en cortesías, enormemente agradecido, le quería dejar su teléfono, su tarjeta con la dirección, le preguntaba interesado lo que necesitaba o qué deseaba... Ella no pudo evitar, ante su insistencia, que se sentaran en la cantina del andén a conversar. Le habló de su viaje de negocios a la ciudad, de la importancia de la documentación rescatada ya que ahí estaban todos los permisos conseguidos para abrir su local de trabajo, incluso, guardaba en el bolso de mano el préstamo inicial con que comenzar mañana mismo a trabajar. No podía estar más agradecido aquel hombre y no dudó, pensando en la ayuda que necesitaría más adelante, en ofrecer a la chica un trabajo en su negocio de la confitería.

Ella rehúso todo y se excusó con que no soportaba que aquellos pillastres andaran sueltos por la calle sin otra ocupación que complicar la existencia a los viandantes. Se despidió sin más, pero con el teléfono que tanto se obcecó aquel hombre en entregarle. Regresaba a Casa Guillermina con el alma turbada, no lograba sentirse tranquila, quizás nunca antes lo estuvo, pero algo le impedía volver a su anterior actitud al percance con los muchachos. El encuentro con aquel hombre había dejado una puerta entreabierta a la esperanza, tal vez significaba una salida, un camino para su futuro incierto al otro lado de las vías... Durante algunos días reflexionó sobre ello, pensativa e indecisa; se lo notaron las compañeras, incluso la Señora le preguntó al respecto de su preocupante introversión, pues su actitud distante desatendía a los clientes.

Ella intentó disimular unos días más, era el pacto que se había propuesto. Ya había hablado por teléfono con el chico del andén, aunque hubo de preparar bien la urdimbre de su inventada historia para no ser descubierta. Por eso, ella le habló del familiar que también vivía en la localidad del hombre que le pretendía ayudar, se incorporaría al puesto inmediatamente, se le daba bien la cocina y tampoco encontraría inconveniente en el alojamiento con la casa de su tía tan cercana. Así que, tomada la decisión, no fue hasta el lunes siguiente cuando su marcha a la ciudad no despertaría sospechas, cuando cogió el tren que le llevaría lejos de la penuria hacia un horizonte quizás mejor, aunque por descubrir.

Al principio, como en todos los comienzos, el sacrificio fue duro. El nuevo trabajo era su tabla de salvación y se aferró con el tesón de quien ha conocido tiempos peores. La nueva vida se abría lenta, pero con la certeza del paso a paso. Sus manos eran indispensables en la marcha del negocio que ya comenzaba a dar sus frutos, al cabo de

varios meses. Mientras, el hombre le agradeció infinitas veces al cielo de haber interpuesto a aquella mujer en su camino, le recuperó el crédito, los permisos y, por si fuera poco, trabajaba sin descanso dejando el alma en ello y defendiéndolo como si fuera suyo. Se fue desarrollando una relación estrecha entre ellos, la coordinación y entendimiento en el trabajo era inmejorable, no existían esperas ni negativas a cualquier sobre esfuerzo y, poco a poco, fue madurando aquel otro sentimiento más profundo.

Una mañana, el repartidor se le quedó observando como si le conociera de algo. Ella reconoció a un antiguo cliente de Casa Guillermina, pero tragó saliva y echó adelante. Tal vez algún día le contaría su oscuro pasado, pero por ahora no lo tenía entre sus intenciones, antes era preciso consolidar lo ganado si aquella relación seguía su buen comienzo. Era un buen hombre y se felicitaba de que la suerte, aunque fuera a costa de duro trabajo, le mostrara por una vez en su vida el lado más amable. A él le parecía un regalo del cielo aquella mujer hacendosa y ya hacía tiempo que pensaba en ella como algo más serio dentro del marco que conformaba su vida, por eso se lo propuso una tarde, nada más cerrar el local. Ella se mostró preocupada, pero él le animaba tratando de transmitirla confianza... Si ella quería, si de verdad así lo deseaba podía contar con su trabajo, no le faltaría y él tampoco... Tampoco fallaría, la quería, también podía contar con él, nada tenía que temer. Ella le acarició la frente intentando calmarle, sí, continuaría adelante con él, le estaba muy agradecida...

Se besaron con pasión, con las manos entrelazadas como dos adolescentes. La pasión se fue encendiendo como un ascua al rojo vivo y, allí, sobre la mesa de la cocina se amaron, echando a rodar los utensilios que antes quedaron ordenados. Nada importaba más que dar rienda suelta en ese instante a su imparable instinto. Entre suspiros entrecortados y chorreados de sudor desbordaron sus pasiones incontenibles. Para él no había duda alguna, era la mujer predestinada de su vida; para ella, era su oportunidad, no otra más sino la nueva y única...

## MERECE LA PENA

Si algo me gustaba de aquella pensión era la serena tranquilidad del barrio en que se aposentaba. En definitiva, la modesta población de San Lorenzo era de por sí apacible y monótona, casi hasta el aburrimiento. Por eso la escogí como el marco ideal para sentar las bases de mi futura obra y, allí, en la pensión de la calle Doctor Fleming establecí la sede permanente de mi estudio de pintura. Mi propósito consistía en romper las penurias y tópicos que asolan a los artistas, esclavos de una vida sometida a los mandatos últimos de las primeras necesidades, el pan, la ropa, la oficina, el coche... Demasiadas obligaciones acaban por inutilizar el talento y este, como joya atesorada, debe hallar rienda suelta a su expresión sin límites, imposiciones o ataduras que impidan su natural desenvolvimiento. Esto es lo que perseguía, no perder la espontaneidad debería constituirse en la máxima de un artista que se precie. Era un modo de vida y, por tanto, había que protegerlo.

La luz de la tarde impregnó muchos de los cuadros que durante horas incontables acabé de finalizar allí, en el estudio de la segunda planta. No me habría importado tampoco alquilar el ático de arriba, pues las pinturas se amontonaban, lienzo sobre lienzo, contra las paredes repletas de mi modesto y diminuto apartamento. Además, me frenó el hecho a considerar de obligarme a pagar un alquiler más, lo que me llevaría ineludiblemente a la rueda trepidante de la que me empeñaba en huir. Por eso, aquella mañana me sobresaltaron los ruidos provenientes del apartamento superior, hasta entonces desocupado. La tranquilidad que disfruté en solitario hasta aquel momento pareció anunciar su irremediable final con aquel taconeo repetido de unos zapatos que caminaban arriba, de un lado para otro, ahora arrastrando algún objeto pesado o bien golpeando el suelo del piso con un caer estrepitoso y descuidado.

La señora de la pensión me explicó sin entrar en demasiado detalle, al escuchar mi esperada pregunta, que había alquilado la buhardilla a una mujer recién llegada, no se acordaba de dónde si es que se lo había dicho. Y rápidamente, como si temiera un bombardeo de preguntas en exceso curiosas, desapareció por una de las puertas del enorme pasillo



que cruzaba de lado a lado la planta baja, destinada en su totalidad a la vivienda de los propietarios del negocio.

Cuando subí a mi habitación pude observar a través del hueco en el rellano de la escalera que su puerta estaba abierta. Una claridad inmensa irradiaba desde adentro, quizás el balcón también estuviera de par en par ventilando la habitación hasta ahora deshabitada. Me descubrí curioso, casi que impertinente, intentando inconscientemente crear excusas para averiguar quién y con qué se ocupaba la morada que descansaba encima mío. Esa tarde me costó trabajo concentrarme para proseguir con la marcha de mis pinturas iniciadas. Escuché un fuerte portazo de arriba, tal vez causado por una corriente de aire desprevenida y me pareció una disculpa aceptable para salir afuera a entablar una posible conversación. Nadie en el rellano y la puerta, de nuevo, volvía a permanecer abierta... Decidido a inventar cualquier pretexto subí escaleras al ático hasta llegar ante la puerta. Nadie adentro, sin embargo se podían contemplar los muebles y adornos y busqué los detalles capaces de hablarme sobre la naturaleza de la persona que allí vivía. Escuché ruido de agua en la otra habitación, posiblemente se encontraba en el baño. En efecto, me asustó cuando de súbito hizo acto de aparición, únicamente cubierta con una camiseta corta y una braguita blanca y fina, tanto que ocultaba solamente lo preciso. Se apercibió de mi presencia cuando se disponía a ordenar el equipaje de sus maletas extendidas sobre el sofá y, sin terminar de volverse hacia mí, me indicó en voz alta que la puerta estaba abierta, invitándome a traspasar el umbral. Pude comprobar que sostenía un cigarrillo entre los labios.

-Solo quería presentarme, escuché ruidos y... Soy el vecino de abajo.

-No molesta, no se preocupe. Adelante! -su tono no denotaba la amabilidad que se dice por cumplir, pero preferí pecar de prudente y posponer la visita.

-Cuando acabe de instalarse, tranquila, gracias... Ah! Y bienvenida!

A la tarde siguiente coincidimos en el rellano, ella regresaba de fuera, elegante, bien arreglada y, rápidamente, se aprestó en acabar la presentación de la otra tarde. Me ofreció subir al ático y me puse cómodo en el sofá mientras ella entraba al baño. Observé el ambiente acogedor de la sala frente al amplio ventanal que daba a los campos y jardines que preceden al bosque de San Lorenzo.

Escuché que me hablaba desde el baño, se quejaba del día tan intenso que había soportado. También, ensalzó la belleza de los bosques de San Lorenzo y las bondades de los pequeños pueblos que,

en su natural humildad, esconden el secreto de la serena tranquilidad y del saber vivir, algo de lo que se han olvidado en las ciudades. Salió envuelta en una toalla y con el cabello mojado recogido en otra, a modo de turbante. Una mascarilla de intenso verde pistacho le cubría los párpados y seguía explicándose, mientras se frotaba los brazos con una crema incolora que desprendía un aroma fresco y penetrante. Se interesó por mí, de dónde era, a qué me dedicaba y se sorprendió con admiración al enterarse que era pintor, sí, de lienzo y pincel fino, sí, sí, un artista. Entonces me habló de su trabajo, de su penosa labor de modelo publicitario y, a decir verdad, no me habría extrañado reconocer su rostro de entre algunas de las revistas de moda.

Su estancia en San Lorenzo se debía a un reportaje filmado en el entorno del bosque y de sus afamados jardines, que constituían el marco apropiado para aquel cortometraje de una nueva colonia, una innovadora fragancia para el mercado cosmético. El día anterior fue pesado y repetitivo, hubo que volver a filmar las mismas tomas hasta encontrar el efecto de luz apropiado o, mejor, la lente capaz de reflejarla con fidelidad. El fotógrafo acabó por poner nerviosas a las modelos con sus exigencias y hoy igualmente, las tomas se sucedieron compulsivamente, sin apenas descanso. Mañana sería otra dura jornada, pero disponía de todo el fin de semana para recuperarse y descansar. Se había propuesto no caer en la vorágine del ambiente que rodeaba al trabajo y por eso escogió aquella población cercana a los bosques y aquella modesta pensión, alejada de las compañeras y de los equipos de filmación, sí, merecía la pena.

Con ánimo de corresponder a su sincera claridad, le manifesté mi interés por su atractiva profesión, viajando, conociendo lugares nuevos a menudo de alto postín y disfrutando de personajes y ambientes selectos. Había vuelto a salir del baño luciendo un ajustado corpiño de flores que dejaba al descubierto el redondeado ombligo de su vientre moreno y liso, por encima de su braguita blanca y tan estrecha. Se estaba peinando su rubia melena cuando de pronto paró el movimiento del cepillo e, inmóvil en el centro de la habitación con los brazos caídos al suelo, parecía prestar atención a quién sabe qué mandato divino. Se le ocurrió de repente aquella idea, la de posar para mí, casi con fijación obsesiva, la de que tenía que pintarla, sí, se propuso llevarse de aquel lugar su retrato.

Acepté la idea instintivamente, no pensé en compromiso alguno pues es mi costumbre cotidiana andar entre colores y paletas y, por eso, sé apreciar el valor de un modelo espontáneo que se preste. Al

marchar, quedamos en concretar el proyecto en ese fin de semana y, cuando quise cerrar la puerta, ella se interpuso y me susurró al oído que una puerta entreabierta es la mejor de las cerraduras y que siempre la encontraría así... Bajé los escalones, pero solo escuchaba la zozobra de mis latidos agolpados dentro del pecho. Sin embargo, esa noche dormí plácido y descansado como hacía tiempo que no lo recordaba.

A la noche siguiente sentí sus pasos subir hacia el ático muy de madrugada, sin duda, debió de tener otra dura jornada de trabajo o quizás de fiesta. Ya por la tarde me asomé a su puerta... El ruido de la ducha cesó y su cabeza enmarañada apareció tras la puerta del baño.

-Pasa, pónete cómodo... Pero antes trae tus bártulos, artista, empezamos ahora...

Sin rechistar, obediente, subí aquel juego de pinceles nuevo que guardaba para no sé qué sesión especial, también los lienzos de bastidor y el caballete de campo que para aquella ocasión me serviría ni que pintado. La luz que entraba por el ventanal de la sala creaba la atmósfera idónea y, rápido, dispuse todos los elementos y material necesario para convertir la habitación en un improvisado estudio. Ella atendía mis indicaciones, envuelta en su media toalla y con su inseparable braguita, tan diminuta y estrecha. Le expliqué el modo de tenderse en el suelo, la posición de las piernas entrecruzadas, de las manos posadas y expresivas, el ángulo del rostro y la leve torsión del cuello con la cabeza inclinada para que el escorzo lograra reflejar toda la delicadeza sensual de aquel bello cuerpo, sugerente. Una belleza que me impresionó y a la que, con el aliento contenido, procuré sobreponerme para que los primeros trazos delimitasen el marco de lo que sería el próximo escenario. También me preocupé de realizar descansos, no deseaba resultar igual de molesto que los fotógrafos con los que había trabajado. Ella lo agradeció, se sentía cómoda, sonreía y, de un golpe, se desembarazó de la toalla y su braguita...

-Así mejor... -musitó al tiempo que su mirada esbozaba una sonrisa picarona.

-Podemos continuar mañana, no es necesario agotarse ni acabar hoy...  
-intenté disculpar.

Pero ella se puso en pie y vino hacia mí...

-No, pónete cómodo tú también!

Tiró de las mangas de mi jersey y me lo quitó. Luego sentí sus pechos pegados a la piel de mi torso, sus pezones me acariciaban con suavidad de terciopelo y con su boca besaba mi hombro y me mordisqueaba el cuello. Posé los pinceles, sin poder evitar que alguno

cayera. Sabía lo que iba a suceder casi como si lo hubiera imaginado, como si lo hubiera pintado. Los dos cuerpos desnudos rodaron sobre el suelo alfombrado, abrazados en una sola caricia, fundidos en un gemir de pequeñas pasiones encendidas que aumentaban en intensidad, ansiosas ya por desbordarse o ya por encumbrarse a otra cima más alta de placer. Así, hicimos el amor entregándonos por entero, hasta que el sueño nos acogió bajo su reinado nocturno. Desperté a medianoche, al lado de su cuerpo caliente y desnudo, juntos bajo el edredón, sin querer despertar nunca de aquel sueño.

En los días sucesivos compaginamos sesiones de fotos con las poses frente al lienzo. Nunca conocí una sensualidad así de salvaje y única y, también, sabía que al igual que llegó sin esperarlo volvería a marchar, quizás sin retorno. El final llegó triste, sí, pero lo celebramos con otra sesión doble de amor sin freno. Luego, por fin el adiós, una despedida con sonrisa...

Ahora miro hacia su puerta desde el rellano, esperando encontrarla entreabierta. Tal vez regrese algún día aunque tan solo sea para recoger su pintura, el retrato que le dediqué. Tal vez algún día añore el tiempo detenido de los pueblos pequeños donde la vida recupera la respiración al compás del bosque y regrese para recobrar la tranquilidad del aroma que merece la pena.

## SI ALGUNA VEZ REGRESAS

Cuando la luz de oro pálido se sumergía en el atardecer del océano se amaron, al amparo de los esbeltos cocoteros, convertidos en mudos testigos de todos los susurros que el viento del amor iba dejando a su paso. Al despedirse, él le tapó la boca con su mano...

-Cuando vuelvas colocas el quinqué en la ventana... -le musitó al oído, antes de subirse a la canoa y alejarse remando entre las ondas doradas del oleaje calmo.

Esa era la señal, cuando la luz brillase en la ventana de la cabaña en la playa, él sabría que ella había vuelto y estaba allí esperando. Mientras tanto, aquella cabaña tan solo sería una más de las que bordean la costa de Tau Piun, un atolón desperdigado en infinidad de islas e islotes, unos habitados y algunos olvidados. La diminuta isla de Raon fue la escogida para su oculto amor.

Allí, las distancias entre islas no existían y a golpe de remo era posible no solo transitar entre ellas sino también recorrerlas sin acabar nunca de visitarlas en su totalidad. Apenas unas yardas mar adentro y ya se podía vislumbrar la isla de Raon, casi insignificante y por tanto desapercibida. Sin necesidad de desembarcar, desde la canoa, se podía ya saber si la cabaña de la playa estaba o no habitada. Por eso la contraseña ayudaba a no equivocarse, si el quinqué alumbraba al atardecer de nuevo su amor se haría realidad.

Cuenta la leyenda que la erupción del volcán Kratonga fue tan tremenda que aún pueden contemplarse restos de sus brasas en los atardeceres desde la isla, desde los restos que componen hoy el actual atolón. Sin embargo, esta historia para él no tenía otro sentido que la añoranza callada por su tierra ahora tan lejana. Allí, entre los edificios de la gran ciudad era inevitable no caer en el recuerdo entristecido, sobre todo, en ese momento íntimo en que el sol se oculta. Es entonces cuando al cerrar el local, antes de ir a acostarse, sube hasta la colina y desde su automóvil, en lo alto, contempla la ciudad con su parpadeo brillante de luces. Los edificios en la noche parecen ser los únicos que en ese momento no duermen y para él es ese el mejor momento del día.

Primero fue el buque mercante, sí, aún recuerda cuando salió de la isla. Ya meses antes le habían advertido de la posibilidad de trabajar a

bordo, las cosas en la isla no eran muy fáciles, así que cuando de improviso su contacto le avisó no tuvo tiempo para pensarlo ni dos veces. Ni siquiera pudo hablar con ella y explicárselo... Cada tarde no puede evitar imaginarla esperando en su isla, con su quinqué brillando ante una ventana solitaria. Fue lo más duro, su recuerdo le persigue cada noche.

Luego consiguió encontrar trabajo en el puerto y, de ahí a montar su pequeño negocio de hamburguesería en el local alquilado de la subida a la colina, fue todo un rodar de sucesos en absoluto debidos al azar sino, al contrario, ganados a base de duro esfuerzo y sudor. Había ahorrado algo si bien no lo suficiente para regresar a la isla, aunque albergaba el sueño de volver algún día.

A ella le extrañó, desde luego, su amor era tan grande, tan fuerte, parecía tan de verdad que presintió nubes oscuras desatadas por algún avatar desconocido que un dios enfurecido hubiera interpuesto en su horizonte. Iban viéndose así durante años, ciertamente se conocían desde la infancia, pero su linaje noble emparentado con la realeza de la isla no permitía la relación con extraños a la familia real. La tradición era muy estricta en este aspecto, por eso habían de encontrarse a escondidas, porque se querían con un cariño verdadero que creció como crecen los niños, sanos e inocentes, ajeno a todo impedimento artificial. Él era un buen muchacho, no podía entender el motivo tan importante que explicase su ausencia. La cabaña de la playa convirtió en esclavitud lo que hasta entonces fue un refugio de amor. Ella no dejó de atender a la cita y cada tarde, al ponerse el sol en el horizonte entre las islas, un quinqué brillaba tenue a la orilla de una playa abandonada.

Su padre acabó por descubrirla. Aunque ya puesto en alerta desde hacía tiempo acerca de las idas y venidas en la canoa de sus hermanos, sus ausencias de la casa real fueron vigiladas y, una vez descubierta, el mandatario de la isla tomó la firme resolución de poner fin a tales encuentros encubiertos. En el continente encontró el sustituto idóneo para que la fiebre por el joven isleño se fuera esfumando como solo el tiempo es capaz de lograrlo con ayuda de la más obligada distancia. Así, la muchacha salió vuelo a aquel horizonte que desde su isla tantas veces contempló ocultarse, plácido. Esta vez, sin embargo, la ocupación que le habían buscado en el continente, además de hacer de ella una persona válida para ganarse el propio sustento también conseguiría mantener alejado todo contacto con su amor prohibido. Le imaginaba regresando un atardecer de tantos en la isla, acercándose a

la cabaña entre curioso y extrañado... Luego, solo el chapotear del remo que se aleja en el agua, podía incluso escuchar el silbido de las canoas. El quinqué apagado, callado y triste, como su ilusión, descansaba en el fondo de su equipaje rumbo a un nuevo horizonte para su vida en el continente.

Aquella noche subió, como tantas otras, a despedir la dura jornada desde lo alto de la colina. Se apoyó en el reposacabezas para observar el cielo. Abajo, un océano de edificios y ventanas se debatía en aparente calma con su rugir de olas incesante en busca de la otra orilla, tal vez la del día siguiente, pero... Algo llamó pasmosamente su atención. De entre toda aquella infinidad de luces nocturnas solo un brillo especial destacaba el de aquella ventana y la distinguía de las demás. No quería dar crédito a lo que sentía al contemplar el peculiar tintineo de aquel resplandor que reavivaba la llama más recóndita del cajón de sus recuerdos. Aguijoneado por la curiosidad puso en marcha el vehículo, decidido a explorar y dar con el paradero exacto donde habitaba aquella luz.

Debería encontrarse, si su sentido de la orientación no le fallaba, por aquella zona, en alguna barriada cercana. Antes, descartó otras calles a fuerza de equivocarse, deambuló entre bloques y callejones, algunos incluso sin salida, hasta localizar al final la repisa donde descansaba el brillo que perseguía. El halo luminoso desató un sinfín de emociones desbordadas y, de golpe, le trajo la isla hasta ahí. Aunque sobrecogido, se apeó del coche y, bajo la ventana, aún sacó arrostos para silbar la tonada melodiosa con que se saludaban entre las canoas en las islas... Entonces la ventana se abrió y fue la isla entera la que se asomó.

Al pie de la colina que otea la ciudad, donde antes estuvo la hamburguesería, hoy el Café Bar resplandece a la luz de los quinqués. Un mar de edificios se extiende ante el horizonte vivo y palpitante de la noche. Tan vivo y palpitante como el amor a la orilla de alguna playa, en algún lugar...

## DONDE NACEN LAS OLAS

La calma invadía la tierra. Sus habitantes, apacibles, sembraban, recolectaban y celebraban con alegría sus fiestas... Un día llegó Elqueotea, corriendo, como siempre, pero algo más excitado. No era para menos, bajaba de la gran montaña que preside el poblado, la que llamamos Lamásalta. Aseguraba que desde allí había contemplado cómo se volvía azul la tierra. La siguiente incursión de exploradores trajo cuatro noches de luna, para debatir el misterio... Habían descubierto el mar ! Aunque en nada variaban sus vidas, tampoco ya eran las mismas. El ancho portalón frente al horizonte del océano quedaba, tentador, entreabierto. Esos eran los primeros tiempos, cuando comenzaban las incursiones hacia el mar. Así fue como la Isla de la Calma se convirtió en un puerto socorrido por navegantes y aventureros... Para algunos olvidado, para otros añorado, de vez en cuando, mas no siempre...

Después siguieron otras expediciones, las del mar lejano. Ello trajo la disgregación entre las familias, unos regresaron, sin embargo otros no. Aún es recordada la historia de los dos hermanos entre las gentes de la isla. Elqueotea volvía, aunque esporádicamente, de sus viajes mar adentro. Logró hacer fortuna y pudo elegir entre sus muchas propiedades del mejor lugar para vivir. Sin embargo, prefirió su Isla de la Calma.

Su hermano menor, Alfinhuí, ávido de aventuras, nunca volvió a pisar su isla, pero llegaban noticias suyas escritas en algún que otro navío de los que atracaban en puerto. Aunque separados, el lazo de sangre entre los hermanos se mantuvo siempre vivo. Dicen que al final, cuando Elqueotea iba a morir, llegó un emisario de Alfinhuí con una misiva en la que prometía, por fin, su regreso a la isla, con la alegría de reunirse con su hermano y en la que refería los detalles de la fiesta colorida para tal celebración. Poco antes de que Elqueotea cerrase sus ojos por última vez, un inmenso arcoiris unió el mar a la tierra, como nunca nadie lo vio brillar !

...Pero ese fue el final. Mientras, se sucedieron más y nuevas exploraciones...



## FLOR DE ISLA

Su nombre significaba Flor de Isla y fue un regalo del jefe Ngo de los Thaá. Su sucesor, primer hijo varón de su segunda esposa, llevaba ya varias semanas enfermo, postrado en la cabaña principal. Ya antes había visto ese temblor sudoroso y frío, lo ví llevarse vidas sin importar barreras de tiempo y edad. La costa más próxima distaba cinco días de navegación y, aún así, había que confiar en que no cambiasen los vientos. Elevando sus brazos al cielo y al tiempo que los abría, solemne, el Gran Jefe me miró prometiendo el regalo más deseado a quien fuera capaz de devolver la salud de su hijo.

No había tiempo que perder. Impulsado por la valentía que contagia disponer de vidas ajenas en manos responsables, icé de nuevo las velas y zarpé, presuroso por aprovechar las fuertes rachas de vientos, los mismos vientos rápidos que me habían traído.

Aquel brazo de tierra se asomaba al océano, refrescando al continente. En la Misión había conocido la vacuna, aquel medicamento que obraba el milagro. Una vez alcanzada la costa había que adentrarse por senderos pedregosos, sumergidos en la selva, hacia el interior, abriendo camino para entrar al claro donde se alzaba el campamento. Allí, la Misión reposaba su mísera escasez, aunque espaciosa.

De vuelta y con todo, la travesía me había costado nueve largos días de prisa sin pausa, intensos de ajeteo. Por eso, al llegar a la Isla atraqué en la ensenada, junto a la barra de arrecifes y, en veloz carrera, crucé la playa protegiendo entre mis manos la medicina mágica, como un tesoro sagrado. Al atravesar el umbral, el jefe Ngo se incorporó y desalojó de un gesto a los cuidadores... Preparé la mezcla, asombrado de mi propia calma y, por vía intravenosa, inyecté el fármaco milagroso en el brazo del inerte muchacho, bajo la atenta mirada, seria, de su padre, ahora esperanzado.

Fue al salir de la choza cuando todo el cansancio acumulado se agolpó sobre mis piernas, ahora fatigadas por el peso de la carrera. De repente, sobre mi espalda, pareció apoyarse toda la carga del esfuerzo sostenido en solitario desafío. Y así, de regreso al barco, me senté en la arena blanda y cálida de la playa, dorada de atardeceres que, solícita,

me invitaba a la promesa del descanso merecido. El leve rumor de olas se encargó del resto...

El despertar del silencio fue gradual, poco a poco cada parte se iba sumando al todo. Los árboles de la selva frotaban sus ramas, rozándose las hojas, acariciadas por la brisa. Las aves sobrevolaban la playa en alegre bullicio y el oleaje chapoteaba, travieso, contra los costados del velero. Los obenques tensaban el cielo, en lo alto, tintineando una melodía marinera... Y allí, junto a mí, sentada a mi lado en el lecho de arena, ella me observaba, impasible... Seria, tímida, graciosa e intrigante, contemplando el océano distante en absorta intimidad. Sus ojos oscuros, de plateado brillo, destelleaban sobre la tez aceituna de su piel morena. Sus labios, de suave carnosidad, al pronunciar su nombre... Tituanyé, nombre de mujer, significa Flor de Isla y era el regalo del Gran Jefe por salvar su cetro predilecto.

Mientras adujaba las drizas, desde cubierta, seguí observando su plácida belleza, quieta, en la orilla de la playa, con expresión imperturbable jugueteaba con los dedos de sus menudos pies en la espuma de las moribundas olas. Y en su mirada, el fondo del mar, inescrutable y atrayente... La eternidad misma en su remanso de paz detenida. Bien pudieran sucederse crepúsculos y auroras, brumas, mareas o racheados vientos, que su inflexible determinación ya estaba anclada en ese lugar por siempre, encrucijada de encuentros ya decididos.

Al caer la tarde me acerqué y, sentado a su lado, me rendí. Ella me derrotó al rendirse antes que yo. Así fue como nos entregamos, aventurados a conocernos, rendidos al misterio de una promesa urdida por invisibles lazos. Cuando pronuncié su nombre, Tituanyé sonrió y me invadió el escalofrío familiar de haber soñado siempre ese instante. Pestañeó justo cuando el cielo se jalonaba de estrellas, cuando la luna bañaba sus reflejos de plata en el mar de la noche. Así nos amamos y acabamos por entregarnos, fundidos... El mar, la noche estrellada, olas y luna con la canción del viento meciendo nuestros cuerpos, al son de arena y brisa enamoradas...

Nuestros días en la Isla fueron largos, de eterna plenitud, pletóricos de intensidad. Ella se convirtió en mi sombra con vida propia. Tituanyé era un sueño al que, subyugado, me entregué. Acariciar la piel suave de su talle era real, abrazar sus caderas de voluptuosa inocencia, sus senos turgentes besando mi pecho, sentir el jadeo de su apasionado aliento, respirando al unísono...

Zarpé, pero no era yo. Al doblar el Cabo, dejé que el viento de popa me empujase impetuoso, a su merced, lejos de aquella costa, alejándome del recuerdo, pero no era yo. No podía ser yo... Siempre su nombre en el corazón del alma, su risa de olas desgranando estrellas como lágrimas libres, libres, susurrando al oído del viento... Flor de Isla ! Volveré, Tituanyé !...

## LA CASA ROSA

Dicen que no vieron la luna, que no apareció en todo el año. Otros lo achacaron a una fuerza sobrenatural, casi un castigo ejemplarizante contra los mundanos derrotados que escogían los cada vez menos humanos. Lo cierto es que la lluvia no cesaba, era excesivo tiempo el que transcurría sin que la lluvia no dejara de estar presente. De día y de noche, a cada momento, un llover incesante acompañaba cada quehacer, cada paso del mundo cotidiano que, a fuerza de su constante insistencia, podría decirse que se había convertido en algo familiar. En otros momentos, sin embargo, tal insistencia, muy lejos de acostumbrarnos, se volvía pesadamente odiosa, casi podía llevarle a uno al límite del sinsentido. Y luego, volvíamos a aceptarla, como un hábito ya inevitable, irremediable, casi parecía invencible.

Aquella mañana se levantó como siempre, acercándose a la ventana. Las gotas chocaban contra el cristal, estrepitosas, dibujando caminos de agua. Parecía que el día llorase, gris, agobiado también por el caer inagotable. Como lágrimas desbocadas, locas por buscar una salida, las gotas serpenteaban ramificando sus brazos líquidos. En uno de sus intrincados laberintos, los tentáculos de agua esbozaron algo parecido a un corazón y, entonces, como si despertara, le fue llamando la atención hasta que dio un respingo. El tono rosa del fondo, antes difuminado, cobró viva realidad, concretando su forma y, así, pudo distinguir el chubasquero rosa de la pequeña Patricia. Ella cruzaba la calle sola, pegada a la valla blanca, de madera, que bordea la casa. Desde la valla hasta la entrada hay un tramo amplio, adornado de jardines con rosales bien atendidos, con los setos recién podados y bien cercados, delimitando espacios. El pasillo central era de terrazo rojizo, punteado en los bordes por una cenefa de arabesco. En las esquinas de cada parcela ajardinada, inmensos tiestos, pétreos, imitando jarrones grecolatinos, sostenían variedades desconocidas en el continente de arbustos perennes. Y la puerta de la verja, negra, metálica, pues el antiguo portalón de madera, con tejadillo incluido, sucumbió al paso inexorable de los años.

La tía Silvia cuidó la casa con esmero, aunque se puede decir que fue después de su muerte cuando la casa adquirió el tono renovado que hoy conserva. De hecho, él mismo se preocupó de que la valla exterior

fuera restaurada de nuevo y pintada cada año. Le cogió especial afecto a aquel torreón, bajo y ancho, en un costado de la mansión, pero que sobresalía por encima de ella con su cúpula brillante de pizarra negra, sobre todo ahora, mojada, con la lluvia. Le daba al resto un toque señorial, un aspecto acaudalado de digna tradición y elegante modernidad bien hermanadas. Por eso se trasladó a las habitaciones de aquella parte del torreón, en realidad, al enorme salón de grandes miradores que por su extensión perfectamente podría servir como única vivienda.

La pequeña Patricia hacía ese mismo recorrido cada mañana, al colegio, excepto en verano, cuando acababan las clases, pero... ¿quién se acordaba ahora del verano? No había existido, parecía que había estado lloviendo toda la vida, siempre. Parecía imposible imaginar otro estado diferente a la lluvia, aunque todos lo desearan. Hasta el carácter de la gente se agriaba, tornándose más arisco y reservado. Había que salir a la calle, había que trabajar, estirar las piernas y entablar ganas de conversar, en algunas ocasiones, pero la maldita lluvia no cesaba, haciéndolo todo más incómodo. Sin embargo, aquellos interminables días, tristes y oscuros, sirvieron para finalizar el asunto que llevaba entre manos desde hacía tanto tiempo. Antes había preparado los materiales durante meses, seleccionándolos convenientemente y mezclando cada pigmento con meticulosidad hasta lograr el tono deseado. Fueron incontables las combinaciones de colores que se sucedieron hasta dar con la gama perseguida y, después, con el tono definitivo. Tantos y tantos fueron los meses que duraron las pruebas que transcurrieron años. La lluvia vino a complicar las labores, confió en que mientras durasen los preparativos la condenada lluvia cesase en su empeño, pero continuó ajena a otros planes que no fueran tan obstinados como los suyos. Para ganarle tiempo a la lluvia, se ocupó en ir almacenando los colores conseguidos en aquellos botes metálicos. Destinó la parte baja del edificio a ordenar matemáticamente en hileras toda aquella colección de botes de color rosa, un rosa de tono vivo, chillón, imposible de ignorar y así diseñado, con escrupulosidad de alquimista, precisamente para no pasar desapercibido.

Todas las habitaciones de la mansión fueron de este modo llenándose de botes de color. Luego, los pasillos, las salas y, en vista de que la impertinente lluvia obstaculizaba el proyecto, siguió pintando los objetos, los muebles, las paredes repletas de rosa, los marcos de las puertas, las puertas y los pomos, las cerraduras también.

Los cuadros antiguos que adornaron durante lustros los grandes salones acabaron por sustituir el retrato y los paisajes por el fondo rosa intenso, un rosa embriagante, enfermizo de su propia agresividad. Los techos y sus molduras también sucumbieron al rosa, incluso el cofrecillo de madera de la tía Silvia, donde guardó sus mejores alhajas y que tanto cuidó en vida. Así, el proyecto inicial de pintar la fachada y la valla, ante las adversas condiciones, se truncó para desgracia del interior de la casa. También las alfombras quedaron rosas, los interruptores, la gigantesca lámpara de perlas que presidía el comedor, lágrima a lágrima, una a una, de rosa... Y la lluvia impertinente, persistentemente advenediza, continuó como una maldición. No parecía que llegase el día sin que la lluvia acompañase cada latir, acompañando cada respiración... Ya había repasado cada rincón de la casa, cada objeto por minúsculo que fuese tampoco se libró de ser sometido al tono rosa más intenso imaginable.

Fue la pequeña Patricia la primera que lo percibió. Cada mañana se había fijado, al pasar delante de la gran mansión, acicalada de su larga valla blanca, que una figura humana observaba asomada tras el enorme ventanal, ya casi se había acostumbrado a esperar su aparición tras el cristal cuando ella alcanzaba la altura del portalón principal. La lluvia atosigante le había impedido reconocer algún rasgo concreto en aquella figura lejana, allí arriba en el torreón, pero sabía que ese alguien aparecería a su paso y, luego, lo comprobaba de reojo, aunque refugiada en su chubasquero rosa. Por eso le extrañó que durante aquella semana no surgiese su fugaz presencia en el torreón, después de haberlo hecho puntualmente durante todo el curso escolar y también en el anterior. Por eso se lo contó a su madre al llegar a la taberna. A Violeta, sin embargo, las observaciones de su hija Patricia le parecieron traspasar más allá del puro significado anecdótico, por lo que puso en marcha enseguida toda la maquinaria investigadora.

Cuando los gendarmes, acompañados del pertinente permiso, penetraron en la mansión ya vaticinaban el extraño cariz de la sorpresa que les aguardaba. Exploraron la gran casa, recorriendo sus pasillos de color rosa, abriendo cada puerta rosa, apartando de su paso las cantidades ingentes de botes de pintura, unos vacíos, otros aún repletos de color, de un llamativo rosa, casi hiriente. Todas las galerías del ala norte rebosaban de botes de color, ordenadamente dispuestos en hileras. Subieron los peldaños rosas y, asombrados, se miraron entre sí, al contemplar los cuadros colgados, donde el rosa invadía desde los marcos hasta los fondos. La puerta de la sala alta del torreón se

encontraba entreabierta y, cruzando el umbral, no atinaban a distinguir de entre los muebles y enseres de la habitación, contagiados de tanto color rosa, ebrios del color e incapaces para tratar de diferenciar los espacios. Por fin, le vieron. Le encontraron postrado en su cama rosa, sobre el edredón de idéntico color, tendido a lo largo con sus manos cruzadas sobre el pecho, sobre su abrigo rosa, con una ligera sonrisa rosa, una especie de mueca. Les costó un gran esfuerzo a los agentes dar crédito a lo que hallaron ante sus ojos, atónitos, un cuerpo humano enteramente cubierto de pintura rosa, desde sus cabellos, hasta cada pliegue de las orejas, las manos entrelazadas, la ropa, los zapatos rosas, los calcetines que dejaban entrever una pierna velluda de hombre, pero rosa.

Un remolino de gente se agolpó a la entrada de la mansión cuando sacaron el cuerpo cubierto en una funda de plata. El murmullo se elevó en el breve instante en que lo trasladaron dentro del furgón policial y, luego, continuó resonando avivado por las preguntas y los curiosos... Y continuó así, sonando breve, regular, constante, hasta fundirse con el otro sonar incesante, el de la lluvia que, lejos de regalar un descanso a las gentes de la población, insistía pertinaz y desazonadamente con su interminable caer de agua, de gotas de lluvia sin fin.

## LA OCTAVA PLANTA

Sin dejar de apuntarme a la cara con su dedo, la voz de mi amigo se tornó casi confidente, pero firme...

-...Y no preguntes, ¿oyes? Tu misión aquí consiste en bajar y subir con los clientes, nada más... Obedece al mayordomo jefe en todo, no olvides llevarte el uniforme el viernes y volver a traerlo el lunes, ¿oíste?...

-De acuerdo... -musité, mientras mi compañero desaparecía tras la puerta giratoria del hotel sin volverse hacia atrás.

En verdad que debía estarle agradecido pues con su favor me brindaba la oportunidad de sustituirle en su período de vacaciones, como en anteriores ocasiones, y así enriquecer mi maltrecha economía necesitada de una estabilidad más perdurable. En los otros hoteles tuve ocasión de familiarizarme con su puesto de recepción, pero esta vez lo novedoso de la tarea consistía en acompañar a los clientes en sus idas y venidas en el ascensor. En apariencia, una tarea fácil y cómoda, aunque no exenta de una monótona fatiga como enseguida tuve ocasión de comprobar.

Mi antiguo amigo me había asegurado que desde su cambio al nuevo hotel había mejorado de categoría y, en principio, lo achaqué a las cinco estrellas que destacaban en el rótulo. Una vez dentro, comprendí que aquellos anchos espacios marcaban la diferencia con los hoteles precedentes y, sobre todo, el mero hecho de que el ascensorista hubiera de trabajar uniformado.

Desde la terraza de la décima planta podía contemplarse una panorámica sobre la bahía de la ciudad; las oficinas y dependencias administrativas ocupaban la novena planta. De la tercera, descendieron las hermanas Kossack, un par de gemelas nonagenarias que podían permitirse el lujo de residir permanentemente en el hotel. El restaurante se encontraba en la primera planta, y en la segunda los salones para convenciones o reuniones. En el cuarto piso estaba la sala destinada a los enseres de la limpieza y allí también se había habilitado un hueco para el vestuario del personal. Se podía intuir que uno había llegado a la planta quinta por el pestilente aroma que dejaba en el ambiente el hilo de humo de los puros del señor Bruhnin, siempre trajeado y de elegantes maneras. Y de la sexta, sobre todo, temía el



escandaloso tropel de muchachos excursionistas que en desordenada algarabía vociferaban y competían con sus alaridos y risas estridentes. El trajín en el hotel resultaba incesante y se renovaba a diario con nuevos clientes. Me fijé en especial en la bella chica que recogía en la séptima planta y que destacaba por su porte distinguido, un ceñido vestido la entubaba de lentejuelas hasta los pies, pero dejaba al descubierto unos hombros contorneados, casi perfectos... Seguí con los ojos cerrados el sugerente rastro que desprendía su perfume, pero desperté brusco a la realidad, fustigado por lo insólito de un detalle recién descubierto. Acababa de percatarme de que nadie bajaba ni subía de la octava planta... Sí, en los pocos días que llevaba allí no conocía a nadie que se alojara en ella. A la hora del almuerzo, libre de pasajeros, decidí investigar el misterioso hecho. Mi zozobra se tiñó de inquietud, el ascensor pasaba de largo de la séptima a la novena o viceversa, sin obedecer el mando. Lo comenté a las chicas de la limpieza y entre los botones que, con esquivia extrañeza, no atinaron a darme explicación alguna.

Aquel viernes el mayordomo jefe me acompañó durante toda la tarde en el trayecto del ascensor. Casi al acabar la jornada me aseguró que no hacía falta mi presencia en el hotel durante la semana siguiente y que, debido a mi carácter amenazante, podía darme por despedido. Iba a rechistar, pero recordé las palabras de mi amigo y, por respeto, callé. Recuerdo igualmente su teatral transfiguración cuando quise contarle lo sucedido a su regreso.

-Estás loco si crees que con amenazas o insultos vas a provocarme. Ya me lo contó el mayordomo jefe. Me equivoqué, no quiero nada contigo...

Después de tanto tiempo un nudo de perplejidad aún acompaña mi desolada decepción. Resultan curiosos los avatares que esconde el destino. Por fin encontré mi camino, hoy trabajo y viajo por las comarcas de la zona norte. Eso sí, nunca me alojo en un hotel de más de cuatro plantas...

## EL JARDÍN ENAMORADO

Todos callaban al sentir la señal, cuando la niña se colocaba en el centro del círculo y, con las piernas cruzadas, abría el libro. Esa noche la historia elegida hablaba del amor imposible de dos muchachos pertenecientes a diferente rango social y las curiosas tretas que habían de inventarse para poder ver recompensado su prohibido amor. Observé atento en la penumbra del atardecer a los asistentes que escuchaban embelesados. En un momento de la historia la niña señaló imperceptiblemente, con un leve movimiento de su dedo, a uno de los chicos que, sentado en el corro, atendía. Luego, hizo el mismo gesto dirigiéndose a una muchacha, también sentada en otro extremo del círculo. El muchacho, obediente, se incorporó cauteloso para coger de la mano a la muchacha indicada y ambos desaparecieron entre las sombras frondosas de los arbustos cercanos. La historia siguió avanzando, el argumento ya desgranado dio paso a una descripción minuciosa de los detalles amorosos más íntimos y en el ambiente iba caldeándose una sensación sedante, modulada por el tono cálido y sugerente de la niña que relataba. Pasó página sin perder el tono ni el hilo de la historia y volvió a señalar, esta vez primero a una muchacha y, luego, a otra que igualmente silenciosas desaparecieron hacia el fondo del jardín. Luego, noté cómo no contaba tanto el interés en seguir la trama del relato sino que toda atención se hallaba más bien centrada en a quién señalaría entonces la chica del libro. Ahora le tocó el turno a una joven que se llevó del brazo agarrado al muchacho que estuvo sentado al lado suyo. Mientras atendía el desarrollo de los acontecimientos, algo inquieto por si el próximo turno sería el mío, me di cuenta de que a la luz de las farolas que custodiaban la escalinata a la gran mansión, la sombra de las dos muchachas que anteriormente marcharon se movían fusionadas en una sola, como si ambas estuvieran entregadas a revolcarse sobre la hierba.

El ritual, si así podía llamárselo, consistía en obedecer el caprichoso mandato de la muchacha del centro del corro que, con el libro en la mano, impartía tanto el reparto como el orden en que las parejas debían abandonar el grupo. Todos los asistentes sabían a lo que allí se prestaban, por lo que no eran posibles las negativas ni las huídas. Era la primera vez que conseguía acceder al círculo y la tensión iba

creciendo por momentos, más tarde o temprano sería mi turno... No me habría importado que la misma muchacha que leía y señalaba a las parejas se hubiera venido conmigo; era bellísima y su voz me erizaba la piel. Pero me tocó a mí primero tender el brazo a otra chica que rápidamente se levantó para agarrarse a mi cintura y, como si conociera el lugar hacia donde dirigirse, me llevó hasta un rincón apartado tras el ancho tallo de un enorme cedro centenario. Allí, el desenlace a la historia fue otro, el que nosotros quisimos darle o, mejor, el que quisimos realizar, pues desnudos en la hierba nuestros cuerpos se bañaban, sudorosos de pasión, bajo el influjo mágico de la luna que lo mismo nos vestía que nos volvía a desnudar con sus reflejos de plata, iridiscentes, como si nuestro rito de amor recibiera su bautismo benéfico de bendición.

Las parejas iban regresando al círculo a medida que su particular aventura finalizaba; algunos, incluso, llegaron a repetir turno. Para ser mi primera actuación me daba por satisfecho, pues tuve oportunidad de comprobar en propia carne el efecto gratificante de las habilidades de la chica que me correspondió en suerte, toda una experta en dicha materia. A su vez, la muchacha del libro, con su apariencia y voz de niña cándida, continuó toda la noche leyendo los inagotables pasajes del libro al que tanto cuidado dispensaba y, solo cuando empezaban a despuntar los primeros albores del día, tímido, que se avecinaba, pausadamente, cerró el libro y levantándose se dirigió lenta y con paso calmo hacia la gran mansión. Antes, estableció la próxima cita para dentro de tres semanas y, dando por concluido el ritual, dio una vez la vuelta completa al corro de asistentes; estos, por fin, se retiraron con sigilo, en diferentes direcciones, simulados entre las sombras últimas que la mañana iba difuminando a su paso.

Cuando clareó la mañana el jardín resplandecía bajo la azulada palidez del cielo. Ni rastro de la luna ni de los luceros hermosos que durante toda la noche brillaron. Un ligero manto de rocío adornaba el tapiz virgen del suelo, donde se desperezaban, silenciosos, los arbustos, el cedro talloso, las hayas, sauces y el castaño de indias, celosos guardianes que rodeaban la gran mansión de la biblioteca que, solitaria, escondía el bullicioso secreto de sus libros dormidos.

F I N



### ***EL AUTOR***

*El autor, LUIS TAMARGO, es natural de Santander, en el norte español. Cursó estudios de Filología Hispánica y publicó en 1998 un pequeño libro de poemas, titulado “Escritos Para Vivir”. Además de su obra poética, agrupada bajo el sobrenombre de “Poemágenes”, trabaja en la actualidad en una selección de relatos donde la prosa adquiere una dimensión poética emocional.*

***El autor.***

[luistamargo@saludalia.com](mailto:luistamargo@saludalia.com)

*\*Es una Colección “Son RELATOS”:* © Luis Tamargo.-

SANTANDER  
Octubre de 2004

*Se terminó de imprimir  
el día 11 de Octubre  
de 2004*